

LA METROPOLI CAMPESINA Y LA COLONIA URBANA

I

LA METROPOLI CAMPESINA

Aquel hermoso guardia de corps, atrajo la atención de María Luisa, en una hora íntima de la historia de España. La fortuna tendía su celada a los tronos, llevándolos con la mano del placer al camino de la desgracia; y sin embargo todo hubiera podido quedar en sonrisas de cortesanos, si los dioses no hubieran dado a esa mujer un marido celoso: el pueblo.

Corría el año 1788, el último de la edad moderna; y con él terminaba el reinado de Carlos III. En todas las grandes capitales gobernaban reyes; y era agradable conciliar, bajo las pelucas nobiliarias, las ideas liberales del despotismo ilustrado con el disfrute de los privilegios.

Después: 1789, la toma de la Bastilla, la guillotina. Las noticias cruzan los Pirineos y hacen retroceder a los brillantes consejeros del rey muerto. Primero se replegó Floridablanca; luego Aranda. El partido de los "golillas" y el partido "aragonés" siguen el paso de aquel pueblo español fiel a sus reyes, a sus párrocos, a sus costumbres, que se horroriza ante los atentados de la revolución. Sólo este hidalgo afortunado y liberal, el guardia de corps, quiere la paz con los regicidas.

El azar de la guerra y el cansancio de la Nación conducen al tratado de Basilea. A partir de entonces el enemigo de ayer se transforma en amigo y en aliado. España acomoda su tranco legitimista al galope revolucionario.

Desde la derrota de la armada invencible, en 1588, la metrópoli había perdido su prestigio imperial. El desastre naval coronaba una serie de desaciertos económicos y políticos, que minaban el organismo de España. Durante el siglo XVII las ciudades manufactureras, empobrecidas y despobladas, no podían abastecer al nuevo mundo con sus productos. Las industrias inglesa y holandesa, apoyadas en el contrabando, eran las verdaderas rectoras de la economía americana. Durante el siglo XVIII, los Borbones habían iniciado vigorosamente la reconstrucción del país; pero ya no en el terreno urbano y fabril, preparado por los Reyes Católicos, sino calafateando la vida rural. La España de los Borbones no fué lonja de mercaderes ni taller de fabricantes; fué suelo de pastores y de agricultores, donde las corridas de toros, transformadas de juego caballeresco en arte popular, ponían su nota de color, y aquel sentido visceral del coraje, tan propio de los rústicos.

Se borraba la España cervantina del siglo XVI, urbana, comunera, levantisca y emprendedora, que hilvanaba imperios y se burlaba de la edad media; y sobre ella se pintaba, con brochazos enérgicos, la España goyesca de los Borbones, mal disimulada bajo la cultura francesa, importada y artificial, que no podía esconder las serranías, los prados, las iglesias de la campiña ultramontana.

La península, agraria, era productora de materias primas; mientras las colonias americanas, fundadas por los conquistadores del siglo XVI, mantenían latente el viejo espíritu aventurero que trazó caminos en el mar, y que fundó ciudades a lo largo de rutas mercantiles dibujadas en la tierra virgen. Las minas de Potosí, los palacios de Lima, los puertos de Cartagena y de Buenos Aires, habituados al riesgo del contrabando, eran documentos vivientes de aquella sed insatisfecha, que sufría nuevas mortificaciones con el estancamiento industrial de la madre patria.

La metrópoli tenía más vida colonial que América; ésta más alma de metrópoli que España.

La alianza de España con Francia, fomentada por Go-

doy, permitía que se derramara sobre América la influencia espiritual de la revolución, especialmente en los centros cultos, hasta donde habían llegado las voces renovadoras de Campones, Floridablanca y Jovellanos.

Pero a esta influencia espiritual se sumó la decisiva de un acontecimiento externo. El 21 de octubre de 1805 la escuadra inglesa terminaba con la escuadra española en la batalla de Trafalgar. Era el acto final de la tragedia iniciada con el desastre de la armada invencible. España había inaugurado, con las carabelas de Colón, la era oceánica. El océano devorando carabelas y fragatas, tomaba desquite del imperio que lo había sujetado. Se cortaba, con la destrucción de la marina, el cordón umbilical de las colonias.

En los años siguientes, 1806 y 1807, los ingleses dueños de las aguas tratan de apoderarse de las colonias españolas e invaden el Río de la Plata. Entonces, comprueban una vez más, que en tierra firme no les resulta fácil dominar al soldado español. Desde el siglo XVI han atacado inútilmente las costas americanas, que se pueblan de fortificaciones. No es posible hacer pie. Hay que dejar la tierra a sus defensores y mantenerse en el agua, cortesmente, dividiendo con los habitantes del territorio las ganancias del contrabando.

Después del fracaso de las invasiones, en 1806 y 1807, Inglaterra desiste de sus proyectos de conquista; pero sigue introduciendo desde sus barcos y con sus ideas, el más formidable de los contrabandos: la libertad.

Las colonias españolas de América no son anexables. Sólo queda el camino de favorecer su independencia para dominar sus mercados.

Mientras tanto, la diplomacia de Godoy juega en Europa un juego turbio e indeciso. La derrota de Trafalgar, la ascensión de José Bonaparte al trono de Nápoles, despojando a Fernando, hermano de Carlos IV (30 de marzo de 1806); la toma de Buenos Aires por Beresford, durante la primera invasión inglesa (27 de junio de 1806); la amenaza de una escuadra inglesa en aguas del Tajo y la cuarta coalición contra Bona-

parte, son seguidas por la proclama de Godoy, de 6 de octubre de 1806, en la que invita al pueblo a hacer preparativos militares, sin indicar cuál es el enemigo que se tiene a la vista.

Pero ocho días después, el 14 de octubre de 1806, Napoleón obtiene la victoria de Jena, y Godoy busca de nuevo la protección de Bonaparte.

El príncipe Fernando que, en su lucha con el favorito, ha mantenido vinculaciones amistosas con los ingleses, aprovecha ahora el desagrado de Bonaparte, a raíz de la proclama de Goody, para aproximarse al vencedor.

Napoleón se ve galanteado por los dos rivales, pero ninguno de los dos merece su confianza. En las manos de cualquiera de ellos, España es un amigo inseguro. Especula con su buena posición diplomática y exige el paso por el territorio, para llegar a Portugal, e imponer allí el acatamiento al bloqueo continental decretado contra Inglaterra.

Pendientes las conversaciones para la firma del tratado de Fontainebleau, que autoriza el pase de las tropas francesas, éstas comienzan a cruzar la frontera a mediados de octubre de 1807.

A la sorpresa causada por ese acontecimiento se agregan, en Madrid, las preocupaciones por las intrigas de palacio.

El 28 de octubre Carlos, que sospecha de su hijo, entra en las habitaciones de éste con el pretexto de regalarle una colección de las poesías escritas para festejar los triunfos de los españoles sobre los ingleses, en la ciudad de Buenos Aires. Aprovechando el estupor del príncipe se incauta de sus papeles, enterándose del complot urdido para derribar a Godoy.

El escándalo se hace público, a las 48 horas de su pesqui-
sa el rey lanza un manifiesto, y entera al pueblo de que su sucesor ha conspirado contra él. Poco importa que una semana después, el 6 de noviembre, se dé a conocer el decreto de perdón. Ya se murmura en Madrid.

El ejército francés, a las órdenes de Junot, sigue el camino de Lisboa. El regente de Portugal, intimidado, hace salir de la corte al embajador inglés lord Strangford, quien se em-

barca en la escuadra de Sidney Smith, sin abandonar el puerto, y recibe a bordo la visita del Borbón temeroso. Allí le mostró el 11 de noviembre un ejemplar del "Monitor" de París donde se publicaba el decreto de Napoleón que abolía la monarquía portuguesa y fraccionaba el reino.

El 29 de noviembre, aconsejado por el embajador inglés, y protegido por la escuadra amiga, el regente se embarca hacia el Brasil encabezando un éxodo de quince mil personas, nobles, funcionarios, eclesiásticos, criados y tropa.

El príncipe Juan, heredero del trono de Portugal, y regente del reino por locura de su madre, está casado con la infanta Carlota, hija de Carlos IV y hermana de Fernando. Con ella, vienen a América las preocupaciones de Europa y de la dinastía borbónica, la ambición y la intriga que no tardarán en movilizarse.

En Europa, dueño de Portugal y de los Pirineos, Napoleón tiene a España rodeada, en el hueco de su mano. Le basta con apretar el puño para ser amo de ella. El 16 de febrero de 1808 los soldados franceses, que pisan tierra amiga, se apoderan súbitamente de la ciudadela de Pamplona. El 28 de febrero toman la ciudadela de Barcelona. Las dos rutas más importantes de penetración en España, por los Pirineos, están en manos del invasor.

Godoy advierte el peligro y trata de huir a América con los reyes, a semejanza de la corte de Portugal. En la propia mentalidad del gobierno español, el destino de América, libre, se separa del destino de España, sojuzgada.

Acaso Godoy ha visto bien, y su maniobra puede salvar para la dinastía el imperio colonial. Pero el pueblo que lo detesta, que desconfía de todos sus movimientos, que lo hace responsable de todas sus desgracias, que lo cree interesado en ocupar el trono, lo derriba el 17 de marzo en el motín de Aranjuez. El propio rey se ve envuelto en la caída del favorito y el 19 abdica en pro de su hijo, ídolo de la Nación y símbolo del repudio general contra los amores adúlteros de María Luisa.

El 24 de marzo el nuevo rey, Fernando, entra en Madrid;

pero las tropas francesas lo han hecho un día antes, el 23, a las órdenes de Murat. Oficialmente no ha sucedido nada. Napoleón y Fernando son aliados y el ejército francés está de paso, de visita, aunque la realidad es otra. Hay dos gobiernos en España, dos fuerzas, dos leyes. Fernando es más débil que Murat y su posición jurídica, como titular de una corona obtenida por la violencia, es discutible a los ojos de Bonaparte, que anuncia su venida. Carlos ha protestado por su abdicación arrancada violentamente (21 o 23 de marzo). Es necesario tranquilizar al emperador, seducirlo, salir en su busca.

El hijo y el padre emprenden la marcha sucesivamente, hacia el lugar incierto donde se encuentra el árbitro. De tramo en tramo llega Fernando a la frontera, sin descubrir al viajero. Entonces toma una suprema decisión y entra en Francia, hacia Bayona.

La metrópoli no sólo ha perdido el nervio que justificaba su imperio. Ha hecho algo peor, se ha transformado francamente en colonia, en colonia de Francia. Ahora se vuelve a representar, en su desmedro, un viejo drama de la conquista: el rapto del Inca por Pizarro.

En Madrid ha quedado una Junta de Gobierno designada por Fernando. Es una sombra del poder legítimo, jaqueada por Murat. El pueblo comprende bien la verdadera situación. Ya no están en España los reyes, y sólo vive en el palacio el príncipe niño, Francisco, el infantito... Pero también el príncipe ha de salir para Bayona.

El pueblo se agita y se congrega en frente de la residencia. Se sospecha que el pequeño ha de marchar en un carruaje ya dispuesto. Una pobre mujer lanza el grito de alarma:

—¡Que nos lo llevan!

No es necesario nada más para acercar la mecha al polvorrín de España.

El pueblo se lanza a combatir con las manos desnudas, con sus armas rudimentarias. Algunas fuerzas de la guarnición se dejan arrastrar por la ola emocional. Es el 2 de mayo

de 1808. Las tropas francesas aplastan la rebelión metódica, inexorablemente.

El rumor de la lucha no puede transmitirse muy lejos en aquel mundo sin telégrafo, sin radiotelefonía. Algunos fugitivos llevan la terrible noticia a los pueblos de las afuera. Así llegan a Móstoles, a tres leguas de Madrid.

Al galope de su caballo, un muchacho parte de la aldea de Móstoles, hacia el pueblo vecino de Navalcarnero, en el camino de Badajoz. Es el hijo de Simón Hernández, el segundo alcalde, que lleva la voz de alarma hacia el primer poblado, para que de éste pase a otro, y a otro, sublevando a España.

Los campesinos lo verán pasar sin enterarse de lo ocurrido. El mensajero no puede hacer alto para informar a un hombre solo, aislado en su heredad. Las aldeas recibirán la noticia con dolor y sin eficacia. Son muy pocos hombres para levantar un ejército.

Las ciudades se conmoverán de improviso. Allí existen muchedumbres que pueden marchar, inmediatamente, a las órdenes de un general. Allí suele haber arsenales y guarniciones. Los estudiantes forman en batallones literarios; y los humildes se organizan en regimientos humildes.

Pero cuando las tropas regulares de Napoleón destruyan los ejércitos y ocupen las ciudades, han de ser los hombres y las mujeres de las aldeas, los campesinos de las heredades, los que mantengan la resistencia, firmes, tercios, clavados en el terruño, desde cada vivienda, desde cada breña, desde cada peñasco, defendidos como torreones, por hoces y por cruces.

Todo eso va a empezar. A este jinete seguirán otros, y el clamor del pueblo, irá creciendo, multiplicando al infinito el mensaje que Andrés Torrejón, primer alcalde de Móstoles, ha confiado al hijo de su segundo:

“La Patria está en peligro, Madrid parece víctima de la Perfidia francesa: Españoles, acudir a salvarle”.

LAS JUNTAS

La noticia llega a Badajoz el 4, conducida por los patriotas españoles; pero el 5 llega también a Bayona, transmitida por los franceses. El emperador manifiesta gran cólera, como era su costumbre en oportunidades semejantes; y Fernando, intimidado, abdica el 6 de mayo en favor de su padre, quién cede su corona a Bonaparte.

Ha terminado la comedia oficial, el entretelón doméstico de los Borbones; pero a la luz del sol comienza el drama popular de España. Durante 20 días la nación afina sus nervios, despierta de su asombro y prepara su venganza.

El mensaje de Andrés Torrejón va llegando a los pueblos junto con las noticias oficiales traídas por los correos. La situación se va aclarando, y hasta los más incrédulos pueden saber a qué atenerse.

El 13 de mayo, el Consejo de Castilla, cediendo a la presión de Murat, expresa el deseo de que José Bonaparte sea designado rey de España; y el 15, Napoleón dirige una proclama a los españoles como regenerador de la patria. "Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos a la corona de España. Yo no quiero reinar en vuestras provincias; pero quiero adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de vuestra prosperidad. Vuestra monarquía es vieja; mi misión es renovarla, mejoraré vuestras instituciones, y os haré gozar, si me ayudáis, de los beneficios de una reforma, sin que experimentéis, quebrantos, desórdenes y convulsiones."

Oviedo ha manifestado ya su descontento el 9 de mayo. Las otras ciudades la siguen, a medida que los correos traen las nuevas noticias, o que algún motivo circunstancial define los acontecimientos. En cada sitio, la imaginación popular se caldea por diversas razones: ya porque el padre de una niña tiene un disputa con un francés; ya porque se hace saber el

advenimiento de una nueva dinastía; ya porque el 30, día de San Fernando, no se enarbola el estandarte.

La muchedumbre se agita y los conspiradores van preparando separadamente el golpe de mano contra el usurpador francés, que comienza generalmente con la caída de las autoridades locales, nombradas por Godoy, y sospechosas ante los ojos del pueblo.

Nadie espera la orden del gobierno central, satélite de Murat, para alzarse contra el invasor. Cada uno lo hace en su barrio, en su ciudad, en su provincia. En el alma de todo español hay un torero jaetancioso: el peón del pueblo que viene de las dehesas, de los cortijos, de los arrabales, a ocupar con decisión plebeya el sitio de la andante caballería y a situarse en medio del redondel para torear a Napoleón.

En Valencia, en la plaza de las Pasas, un vendedor de pajuelas —Vicente Donesech— ata en un palo un lienzo rojo. un retrato de Fernando VII y una estampa de la virgen; y conduce a la muchedumbre hasta la plaza del Mercado.

“Un pobre palleter li declara la guerra a Napoleón. Viva Fernando VII y muiguen els traidors”.

En el Ayuntamiento, los conspiradores de la clase dirigente discuten el problema jurídico y político; pero Valencia ya ha tirado los dados con la mano del “palleter”. Un huracán la revuelve y ha de llevar a los más terribles desmanes, entre ellos, al exterminio de los residentes franceses.

Esto comienza el 23 de mayo de 1808, en el sur de España. Al día siguiente, se subleva Oviedo en el extremo norte. El 26 estalla la rebelión en Santander y en Sevilla: entre el 28 y el 29 Cádiz toma las armas, y mata a su gobernador, hombre prudente que quiere llamar a la reflexión. El 30 la revolución se pronuncia en la Coruña, en Granada, y en Badajoz, que ha sido la primera en recibir el mensaje del alcalde de Móstoles, y que ha postergado su estallido a la espera de las noticias de Madrid.

No se permite a nadie vacilar. En Badajoz es asesinado el gobernador; en Sevilla es sacrificado el conde del Aguila.

En Cartajena don Francisco de Borja es muerto y reemplazado por una junta, confiándose la capitania general al vicepresidente de la misma, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, natural de la ciudad, que se ha distinguido en la marina española durante cerca de cuarenta años.

El movimiento improvisa sus jefes y sus leyes. El torrente atropella en primer término la paz local. Se elimina a todos los acusados de traición, a todos los sospechosos, a todos los que son víctimas de una antipatía antigua o improvisada. El pueblo duda de sus mandatarios y los reemplaza por los caudillos del tumulto, que generalmente son varios, surgidos al azar, dentro de cada localidad, de cada clase social, de cada turba. Es necesario congrega a los distintos dirigentes, asociarlos a hombres de prestigio, formar Juntas. Aparecen así las Juntas locales.

Los pelotones marchan al campo en desorden, inflamados de entusiasmo, y se desbandan al primer choque. No es la culpa de nadie, de los soldados ni de los jefes, es el precio de la in-experiencia. Ha ocurrido lo mismo en Buenos Aires, cuyas tropas bisoñas se dispersan frente al ataque ordenado de los ingleses. Pero en Buenos Aires y en España los defensores, fogueados, se rehacen inmediatamente, se templan, rechazan al enemigo.

A pesar del aprendizaje, los españoles y los porteños siguen siendo reacios a las normas de la disciplina. Wellington que trata de auxiliar a los primeros no puede entenderse con estos héroes desorganizados:

“Estos españoles —dice— hacen sus ejércitos con una cosa que llaman entusiasmo. Yo no sé lo que es eso; pero sí que ese entusiasmo no produce armamentos, ni vestuarios, ni disciplina, ni nada.”

El 14 de julio de 1808, los ejércitos españoles del norte son derrotados en Río Seco. El 20 de julio José Bonaparte entra en Madrid. Napoleón considera terminado el asunto de España y dedica su atención a otros problemas.

Pero el 19 de julio, un día antes de la entrada de su her-

mano en Madrid, las tropas españolas del sur derrotan a los franceses en Bailen. El nuevo rey se ve obligado a abandonar la ciudad el 30 de julio. Lo acompañan cinco ministros españoles; pero ninguno de los dos mil criados que hay en palacio y en las caballerizas reales quiere seguirlo.

Los franceses se retiran más allá del Ebro y la mayor parte de España queda en poder de sus hijos.

Simultáneamente, y sin necesidad de conocer los últimos triunfos, se produce en las colonias de América un movimiento de opinión tendiente a asegurar la fidelidad a la metrópoli. Se intenta la purga nacionalista de la administración.

De los cuatro virreyes de América uno es godóista y sospechoso, otro es francés...

El 15 de setiembre de 1808 doscientos treinta y dos españoles entran en el palacio del virrey de México, don José de Iturrigaray, y se apoderan de su persona; el 21 de setiembre los españoles de Montevideo se sublevan contra el francés Liniers, virrey del Río de la Plata.

Los gritos de: ¡Junta, Junta como en España!, proferidos por bocas españolas, introducían en América una doctrina peligrosa que, como el dios romano de todo principio, tenía dos caras.

LA COLONIA URBANA

La campana de los españoles tocaba a rebato, ingenuamente, en una tierra desconcertante. No llamaba aquí a los buenos labriegos de la península, a la España del siglo XIX, rústica y leal. Sobre el polvo del mundo nuevo se levantaba una España vieja, distinta de la metropolitana. Era la España del siglo XVI, revolucionaria y nerviosa, que durante doscientos años había tenido que sofocar los antiguos impulsos.

En las aguas dormidas de este continente en proyecto, donde la burguesía de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II, había trazado enormes líneas de comunicación, escalonando ciudades y puertos, el antiguo impulso continuaba

latente como las fuerzas de un río helado que esperan el verano inmediato.

La invasión napoleónica fué el deshielo. Sobre los cauces antiguos volvieron a correr las aguas y los conquistadores del siglo XVI reclamaron para sí y para sus descendientes los derechos que detentaban los empleados de Carlos IV.

La inquietud había salido a la superficie en muchas ocasiones; y los espíritus avisados pudieron anunciar con anticipación el movimiento revolucionario. La realidad económica daba un punto de apoyo objetivo a estos cálculos previsoros.

La metrópoli campesina no podía suministrar a sus colonias los productos necesarios, y se veía obligada a acudir a un régimen anómalo, que perjudicaba a la economía americana. Ya en tiempos de Carlos V, las exportaciones de lana a Inglaterra y a Flandes empujaron hacia la bancarrota a la industria de los telares que hacía vivir a las ciudades españolas. Las expulsiones de moros y judíos; el celibato; los claustros; la mendicidad; los metales de América, fomentadores de vicios y de holgazanería, continuaron esta obra de destrucción. España, que según el censo de los Reyes Católicos de 1482, tenía 9.000.000 de habitantes, había descendido en 1700 a 8.200.000 (según unos) y a 5.700.000 y hasta 4.000.000 de almas según otros (1). La situación mejoró en el siglo XVIII, y conforme al censo de 1797 tenía 10.541.221 habitantes, pero ya no poseía una industria textil floreciente, ni una vida urbana reveladora de la potencia industrial y mercantil que hizo posible la conquista.

Este cambio puso en evidencia la dificultad de mantener sometidas a esas colonias necesitadas de proveedores y de clientes. Aranda y Godoy prepararon proyectos para la constitu-

(1) Véase el apéndice nº 4.

No se considera como una de las causas más graves de la despoblación, durante los siglos XVI y XVII, la sangría demográfica provocada por la conquista y colonización de América, aunque también tuvo su parte en el hecho general de la despoblación de España (véase RICARDO LEVENE, *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato del Plata*, La Plata, 1927, t. I, p. 55 ss.

ción de estados independientes en América; y Jovellanos observaba: "Las colonias en tanto son útiles, en cuanto ofrecen un seguro consumo al sobrante de la industria de la metrópoli, y este sobrante no es otra cosa que lo que resta del consumo interior. Si se supone una nación cuya industria esté al nivel de sus necesidades, y no tenga sobrante alguno, ciertamente que esta nación no necesitará colonias, a lo menos para este primer objeto. Podrá sacar de ellas otras utilidades que indicaremos después; pero de nada le servirá extender los puntos de su consumo, mientras tenga dentro de sí el necesario para todos los productos de su propia industria. Y contrayéndonos a España, de nada la servirán las Américas para fomentar las manufacturas de paños, mientras los productos de este ramo de industria no suban sobre la cantidad necesaria para su consumo interior" (2).

El nuevo continente se había mantenido más fiel al espíritu inicial de la conquista. El siglo XVI vivía en América revelando en la importancia de las ciudades y en la voracidad de los mercaderes, la existencia de una voluntad de poderío que se apagaba en España.

Fué en las ciudades americanas donde tomó cuerpo el gran proyecto de la emancipación. Allí estaban los negociantes, las universidades, y la masa del pueblo deseosa del botín burocrático. Allí pudo cuajar esa propaganda que, en sus respectivos países, agitaban Miranda, Nariño, Montufar y tantos otros.

Comenzaba a tomar vuelo el desarrollo de la gran ciudad, preparado en la edad moderna, y que alcanzaría en el siglo XIX una velocidad vertiginosa.

(2) GASPAR DE JOVELLANOS, *Dictamen dado en la Junta de Comercio y Moneda sobre embarque de paños extranjeros para nuestras colonias*, publicado en *Biblioteca de Autores Españoles*, Madrid, 1926, t. 50, p. 71.

Puede verse el proyecto de Aranda sobre organización de estados independientes en América en GUILLERMO COXE, *España bajo el reinado de la casa de Borbón*, traducción española de Jacinto de Salas y Quiroga, Madrid, 1847, t. IV, p. 433.

Todavía la base de la población era esencialmente rural; pero ya se anunciaba la urbe, y la burguesía —la clase urbana— tomaba el timón de la sociedad.

En todo el mundo occidental solo había en 1801 dos ciudades, Londres y París, que superaban el medio millón de habitantes. Seguían Nápoles, Amsterdam, Viena y acaso Lisboa. Las restantes, incluso todas las de España, no alcanzaban a 200.000 almas.

Eran grandes aldeas y conviene aplicarles esta feliz denominación de Buenos Aires durante el siglo XIX, para no equivocarse en la exacta valoración de los hechos porteños. Buenos Aires tenía en 1801 tanta población como Amiens, Munich o Dantzig; y los marinos que tocaban su puerto no debían mirar con desprecio estas barracas, donde el empuje rival de los monopolistas puntillosos y de los contrabandistas burladores, anunciaba el intenso futuro.

El conjunto mediocre de las ciudades europeas mantenían muy alto el porcentaje de población rural. Inglaterra y Gales, en 1801 sólo tenían un 25,84 % de población urbana; España en 1826 tenía el 18,81 % de su población en ciudades (3). Hay que esperar a 1851 para que la balanza se incline en Inglaterra, dando la mayoría a las ciudades (51 %) (4).

Por eso la diferencia debe observarse en la cúspide: en Londres y en Madrid; y en las ciudades industriales especializadas, como Manchester (5).

Londres encabeza el mundo contemporáneo y prepara la transformación de Europa, como la España de los Reyes Católicos en el siglo XV. Entonces trabajaban los telares de la

(3) Posada nos da las siguientes cifras: Inglaterra y Gales en 1801: población urbana en villas de más de 5.000 habitantes, 2.300.000; población rural o en villas de menos de 5.000 habitantes, 6.600.000. Total, 8.900.000. España en 1826: en poblaciones 2.552.000 habitantes; en el campo 11.010.000 habitantes. Total 13.562.000. (ADOLFO POSADA: *El régimen municipal de la ciudad moderna*, tercera ed., Madrid, 1927, págs. 65 y 74).

(4) E. LEVASSEUR, *La population française*, Paris, 1891, t. II, p. 339.

(5) WERNER SOMBART, *El apogeo del capitalismo*, trad. española de José Urbano Guerrero, México, 1946, t. I, págs. 428 a 437.

península y los rebaños de la Mesta llevaban sus lanas al mercado propio. Entonces reventaban las ciudades repletas de iglesias y de palacios⁽⁶⁾. Así fueron posibles la conquista de América y el plan colonizador que hizo nacer a las ciudades argentinas a lo largo de cinco rutas⁽⁷⁾.

Este impulso inicial continuaba en América, cuando ya había muerto en la metrópoli campesina de los Borbones. Recuerda Ballesteros que durante el siglo XVIII se creía que México poseía 16 ciudades tan pobladas como Madrid⁽⁸⁾. Dice Humboldt que antes del censo de 1793 se atribuía a la capital del virreinato una población de 200.000 almas⁽⁹⁾. El censo desvaneció estos sueños, reduciendo la cifra a 112.926 habitantes⁽¹⁰⁾; pero la verdad se encontraba entre ambos guarismos, porque los vecinos ocultaban el número exacto de los miembros de su familia, para eludir las contribuciones, según observa Humboldt, quien con ayuda de los registros parroquiales sostiene que la población real sumaba 135.000 individuos⁽¹¹⁾.

De todos modos, México era la segunda ciudad del reino, después de Madrid; y la primera del continente americano, pues los Estados Unidos eran fundamentalmente rurales.

La América española tenía un elevado porcentaje de población urbana. México, La Habana, Lima eran ciudades de verdadera importancia dentro del conjunto español. Buenos Aires, Caracas, Santiago de Chile seguían a corta distancia. La revolución maduró allí donde las condiciones políticas, económicas y geográficas hicieron posible el estalli-

(6) ENRIQUE C. CORBELLINI, *Interpretación de la historia española en Revista de Jurisprudencia Argentina*, t. 53, sec. doc., p. 82 y ss.).

(7) ENRIQUE C. CORBELLINI, *El nacimiento de la Argentina: las cinco rutas urbanas* en "La Nación" del 26 de julio de 1939.

(8) ANTONIO BALLESTEROS BERETTA, *Síntesis de Historia de España*, Barcelona, 1936, p. 407. Véase el proyecto de Carrasco sobre reformas coloniales para obtener recursos al terminar la guerra de los siete años en GUILLERMO COXE, *ob. cit.*, t. IV, p. 153.

(9) ALEJANDRO DE HUMBOLDT, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, Paris, 1827, 2ª ed., t. I, p. 303.

(10) ALEJANDRO DE HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. I, p. 301.

(11) ALEJANDRO HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. I, p. 303.

do. Caracas y Buenos Aires dieron los pasos más firmes. Eran ciudades comerciales, vinculadas a la navegación del Atlántico. La Habana las superaba en importancia; pero en cambio no existía en Buenos Aires ni en Caracas, el juego de intereses que llevaba a los criollos y peninsulares de Cuba a defender la trata de negros, indispensable para el cultivo de las tierras, e inconciliable con los principios de libertad.

No es posible determinar con exactitud cuál era la población del virreinato del Río de la Plata en el año 1801. Mitre la calcula en 600.000 almas para fines del siglo XVIII y en 800.000 para comienzos del siglo XIX (12). Para el año 1806 estima la población de Buenos Aires en 45.000 almas (13). Es decir que la proporción sería de 5,63 %. Manuel Moreno calcula 1.200.000 habitantes para el virreinato en 1810 (14); y una población de 55.000 almas para Buenos Aires, y 10.000 para sus suburbios; o sea 65.000 en total (15). La proporción sería de 5,41 %.

El territorio argentino propiamente dicho tenía 310.628 habitantes en 1800, según los cálculos de Martín de Moussy; y 406.000 en 1809, según los cálculos de Diego de la Fuente (16).

Con referencia a la ciudad de Buenos Aires puede afirmarse que ella tenía en 1810 una población superior a 50.000 habitantes (17).

Para las otras ciudades no es posible por el momento, realizar un análisis metódico; pero su importancia relativa se desprende del prorrato de las contribuciones fijadas para

(12) BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1876, t. I, p. 47.

(13) BARTOLOMÉ MITRE, *ob. cit.*, t. I, p. 151.

(14) MANUEL MORENO, *Vida y memorias del Dr. Don Mariano Moreno*, en *Museo Histórico Nacional: Memorias y Autobiografías*, Buenos Aires, 1910, t. II, p. 197.

(15) MANUEL MORENO, *ob. cit.*, t. II, p. 196.

(16) Véase el apéndice n° 3.

(17) Véase el apéndice n° 5.

cubrir el déficit de 1.042.000 pesos que hizo la Junta para la Contribución Patriótica de 1808 ⁽¹⁸⁾ :

Buenos Aires	485.000	San Juan	8.000
Montevideo	130.000	Mendoza	6.000
La Paz	100.000	Santa Fe	4.000
Potosí	100.000	Corrientes	4.000
Charcas	50.000	Santiago del Estero	4.000
Cochabamba	50.000	San Luis	2.000
Córdoba	30.000	Catamarca	2.000
Salta	25.000	Jujuy	2.000
Paraguay	16.000	Tupiza	2.000
Oruro	10.000	Tarija	2.000
Tucumán	8.000	Rioja	2.000

La población de las ciudades no coincide exactamente con su importancia económica; pero guarda relación con ella. En términos generales podemos aceptar que los centros más poblados del virreinato eran Buenos Aires, Montevideo, La Paz, Potosí, Cochabamba y Charcas.

El fermento de la sedición estaba en ellos. Montevideo se sublevó contra Liniers el 21 de setiembre de 1808; Buenos Aires hizo lo mismo el 1 de enero de 1809. Las siguieron Charcas el 25 de mayo de 1809; y La Paz el 16 de julio del mismo año.

El tinte americano y separatista iba creciendo en cada episodio hasta llegar a la revolución de Buenos Aires en mayo de 1810.

La población de las ciudades sufría más intensamente que la rural los inconvenientes del sistema español. Las trabas al comercio eran sentidas en los puertos, y por allí se filtraban el contrabandista y el desprecio de la ley. En las ciudades estaban asentadas las oficinas burocráticas donde el empleado sufría la limitación de su carrera, enmohecida por leyes que consideraba injustas.

⁽¹⁸⁾ DIEGO LUIS MOLINARI, *Un Virrey*, Buenos Aires, 1923, p. 16. Véase el apéndice n° 3.

Los más altos cargos no eran accesibles a los hijos de la localidad; los virreyes y los oidores no podían vincularse dentro de su distrito, ni casarse, ni comprar chacras o terrenos, ni casar a sus hijos, ni tener verdadera intimidad con los vecinos.

Ya el hecho de estar arraigado, con anterioridad al cargo, era un inconveniente, porque se debía evitar todo enlace de los más altos funcionarios con el medio. Difícilmente podía darse el caso de que un vecino de la ciudad ocupase las altas dignidades en aquel sitio donde residían sus intereses y sus afectos. Entre las causas del fracaso de Sobremonte está su larga permanencia en el Plata; Liniers fué objetado por la misma razón, como candidato para el cargo de virrey; Cisneros solicitaba que se llenaran las vacantes de oidores con hombres de la metrópoli. Las medidas eran razonables desde el punto de vista español; pero desventajosas para los vecinos, condenados a un alejamiento perpetuo de los primeros cargos (19).

Las tropas de guarnición debían ser también españolas, para asegurar su fidelidad. Se miraba con desconfianza a los regimientos criollos levantados en Buenos Aires en 1806, y se trataba de disolverlos, amenazando con la cesantía a buen número de individuos. El virrey, la Audiencia, y los vecinos españoles, como Pedro Baliño, pedían el envío de fuerzas veteranas para reemplazar a los hijos del país.

Poco a poco se iba cargando la atmósfera, y las precauciones razonables de los españoles provocaban las quejas razo-

(19) RECOPIACIONES DE LEYES DE INDIA, lib. II, tit. XVI, leyes 49, 55, 69, 70, 74, 82 y ss.; Lib. III, tit. III, leyes 12 y 40. NUEVA RECOPIACIÓN, Lib. II, tit. V, ley 59, etc. ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Serie IV, tomo II, años 1805 a 1807, Buenos Aires, 1926, acuerdos del 29 de julio de 1807 y del 31 de diciembre de 1808. FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *Documentos relativos a los antecedentes de la independencia de la República Argentina*, Buenos Aires, 1912, p. 94 y 407. LA BIBLIOTECA, t. IV, p. 305.

nables de los americanos (20). En terreno propicio se derramaba una semilla fecunda.

El espíritu revolucionario de las ciudades había sido observado por Azara a fines del siglo XVIII:

“Las ciudades que he citado —se refiere a Buenos Aires, Montevideo, Maldonado, Asunción, Corrientes y Santa Fe de la Vera Cruz— contienen quizá tantos españoles como todo el resto del país, cosa que en mi concepto es una costumbre muy perjudicial, en la que los jefes no se fijan. En efecto, es cosa clara que son las ciudades las que engendran y propagan todos los vicios, la corrupción de costumbres y esta especie de alejamiento o, por mejor decir, aversión decidida que los criollos, o hijos de españoles nacidos en América, tienen por los europeos y por el Gobierno español. Esta aversión es tal que yo la he visto con frecuencia reinar entre los hijos y el padre y entre el marido y la mujer cuando los unos eran europeos y los otros americanos. Pero yo no la he observado entre los habitantes del campo. Los que se distinguen por esta aversión son los abogados, los comerciantes quebrados, los que se han arruinado y todos aquellos que tienen más pereza, más incapacidad y más vicios. Además, las ciudades roban al campo los brazos, de que tiene una extrema necesidad y que son la verdadera riqueza del país. El mal no sería tan grande si hubiera fábricas; pero éstas son absolutamente desconocidas y la mayoría de los habitantes no deben sus medios de vida más

(20) En general se prefiere decir que la política española era absurda y que los funcionarios españoles eran ineptos o cobardes. Se trata de justificar, de este modo, la revolución emancipadora. Pero, si así fuera, España recuperaría fácilmente su derecho a estos dominios, enmendando sus antiguos errores.

La emancipación no se funda en los errores de la metrópoli sino en una oposición natural existente entre los intereses de América y las posibilidades de España. No es necesario que los patriotas sean ángeles y que los españoles sean demonios, para comprender la revolución. No era ésta una contienda entre los buenos y los malos; era una lucha entre dos formas de vida incompatibles, cada una de las cuales tenía sus fundamentos lógicos.

que al bajo precio de la carne y a la facilidad que tienen de vivir casi sin trabajar” (21).

Es interesante observar que, según estas afirmaciones, el porcentaje de población urbana era mucho más elevado entre los blancos (españoles) que entre las razas de color. Los cálculos darían resultados más elocuentes si hiciéramos un censo de los blancos, exclusivamente.

José María Salazar, comandante del apostadero de marina de Montevideo, desde 1809, quien nos ha legado una importante documentación de fuente española referente al movimiento de mayo, decía en sus cartas aludiendo al pueblo: “su decidida opinión es por la independencia pero como ésta ha provenido del trato con los extranjeros y de aquí es que se halla menos pronunciado cuando los pueblos están más lejos de las costas”. Y agregaba en otra carta: “la maldita filosofía moderna, el trato con una multitud de extranjeros introducidos en estos países en estos últimos tiempos, ingleses, americanos, portugueses y peores que estos, franceses, italianos y genoveses, esta es la verdadera peste de estos dominios, que si no se extermina acabará de perdersnos” (22).

Estas afirmaciones que coinciden con las del virrey Avilés (23), documentan hechos que habían sido advertidos en otras partes de América. Así, Torres Lanzas, publica el extracto de una carta de 18 de julio de 1797, dirigida por la Audiencia de Caracas al Consejo de Indias “dando cuenta de la conspiración descubierta; prisión de D. Manuel Montesinos Rico y otros cómplices en la noche del 13 al 14 del corriente; dice

(21) FÉLIX DE AZARA, *Viajes por la América Meridional*, Madrid, 1934, (reedición de Espasa-Calpe S. A.), t. II, p. 178).

(22) ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, Estado, Buenos Aires, leg. 26 (53); E. 123, C. 2, Leg. 4 (96): *Carta del comandante de marina del apostadero de Montevideo don José María Salazar, al secretario del despacho de marina*, de fecha 6 de diciembre de 1810. Hay copia en el *Instituto de Investigaciones Históricas* de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (leg. 128 copia 31).

(23) ANTONIO ZINNY, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, edición “La cultura argentina”, Buenos Aires, 1920, t. I, p. 61 y ss. (Memoria del virrey Avilés).

que el principal reo es D. Manuel Gual cuya prisión no se ha podido verificar; que así mismo huyó D. Josef María España. Atribuye las causas de estos movimientos a un origen muy profundo; a la entrada y permanencia de extranjeros, a la propagación de papeles impresos, etc. y finalmente participa las medidas que se han tomado para descubrir y contener a los malvados'' (24).

Era por las ciudades de la costa, por los puertos, por donde entraba el virus revolucionario. Encontraba allí un clima favorable. La población de las campañas estaba al margen del movimiento, y su voluntad no se manifiesta en Buenos Aires, durante el curso de la semana de mayo, en el que sólo Miguel de Azcuénaga tiene cierto recuerdo para los derechos pertenecientes a la comarca silenciosa (25).

Tampoco los gauchos de la Banda Oriental habían promovido la revolución. El autor del plan de las operaciones para consolidar la obra de la libertad e independencia, parte implícitamente de este hecho cierto, y proyecta una acción proselitista verosímil: "no es el golpe el que debe dirigirse primero a la plaza de Montevideo, es realmente a los pueblos de su campaña, y en esta suposición, es más fácil disuadir y persuadir a diez que a ciento, y batir a veinte mil individuos detallados que a diez mil en masa; en consecuencia de estas exposiciones, habiéndose comunicado ya a los Comandantes militares y Alcaldes de los pueblos de la Banda Oriental el anuncio de la instalación de la Junta Gubernativa, a nombre del señor don Fernando VII, en esta Capital, es preciso que se capte la voluntad de aquéllos y de los eclesiásticos de todos los pueblos, ofreciéndoles la beneficencia, favor y protección, encargándoles comisiones y honrándolos con confianza y aun con algunos meros atractivos de interés, para que, como padres de aquellos

(24) PEDRO TORRES LANZAS, *Independencia de América*, Madrid, 1912, t. I, p. 182, n° 606.

(25) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Acuerdos del extinguido Cabildo*, etc. serie IV, t. IV, p. 173. Juramento de Azcuénaga como vocal de la Primera Junta, el 25 de mayo de 1810.

pequeños establecimientos, donde se han dado a estimar, hecho obedecer y obtenido opinión, sean los resortes principales e instrumentos de que nos valgamos, para que la instrucción de nuestra doctrina sea proclamada por ellos, tenga la atención y el justo fruto que se solicita" (26).

Si este conjunto de pruebas denuncia el estado político de las ciudades del litoral; la palabra de dos testigos argentinos muestra elocuentemente cuál era el estado de ánimo en el interior.

El general Paz, nativo de Córdoba, que había recorrido con el ejército del norte las provincias de la carrera del Alto Perú, es decir: Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, dice en sus memorias: "Hay más aun que decir en honor del general Belgrano. Hasta que él tomó el mando del ejército, se puede asegurar que la revolución, propiamente hablando, no estaba hecha en esas mismas provincias que eran el teatro de la guerra. Cuando, en principios de este mismo año (1812), emprendió el general Pueyrredón su retirada con el ejército, nadie (con muy raras excepciones) se movió de su casa, y esos salteños y jujeños tan obstinados y patriotas como valientes después, se quedaban muy pacíficamente para esperar al enemigo y someterse a su autoridad, sin excluir muchos empleados y militares que no estaban en servicio activo". Y aclara luego, refiriéndose a las medidas tomadas con los prisioneros españoles: "Para apreciar debidamente esta circunstancia, téngase presente que, en aquel tiempo ese elemento popular que tan poderoso ha sido después en manos de los caudillos, era casi desconocido: en consecuencia, los generales poco o nada contaban, fuera de lo que era tropa de línea. En ese concepto debió calcular el general Belgrano, que para guardar trescientos (3.000?) prisioneros, había indispensablemente que distraer una parte del ejército, que urgentemente necesitaba para la campaña que iba a abrir. Después que el pronuncia-

(26) MARIANO MORENO, *Escritos políticos y económicos*, ordenados y con un prólogo de Norberto Piñero, Buenos Aires, 1915, p. 320.

miento de las masas por la causa de la independencia fué unívoco y universal; después que la población de nuestra campaña desplegó esa fuerza, que es peculiar de nuestra situación, no hubiera sido difícil la custodia de un número tan crecido de prisioneros a cierto número de escuadrones de milicianos, que, retirándoles los caballos y otros medios de escape y separándolos en fracciones, los hubiesen conservado en algunos puntos de la campaña; mas entonces ni había milicias medio arregladas, ni tenían armas de ninguna clase, ni su decisión era pronunciada, o, al menos, no había motivo para cohercerla" (27).

(27) JOSÉ MARÍA PAZ, *Memorias póstumas*, ed. especial de "La biblioteca del oficial", Buenos Aires, 1924, t. I, p. 96, 97 y 124.

El General Belgrano había hecho manifestaciones concordantes y sus afirmaciones recogidas por Mitre provocaron la réplica de Vélez Sársfield (RICARDO LEVENE, *Las ideas históricas de Mitre*, Buenos Aires, 1948, p. 32; BARTOLOMÉ MITRE, *ob. cit.*, t. I, p. 412 y ss.). Belgrano repite en sus memorias: "En qué profunda ignorancia vivía yo del estado cruel de las Provincias interiores" (MANUEL BELGRANO, *Autobiografía*, en MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *Memorias y Autobiografías*, Buenos Aires, 1910, t. I, la cita en la pág. 109), en insiste en otro escrito: "Es preciso no echar mano jamás de paisanos para la guerra, a menos de no verse en un caso tan apurado como en el que me he visto" (MANUEL BELGRANO, *Fragmento de memoria sobre la batalla de Tucumán* (1812), en Museo Histórico Nacional, *ob. cit.*, t. III, p. 41.

Puede objetarse que las afirmaciones de Belgrano se refieren a una segunda etapa del ejército del Alto Perú; pero que las primeras expediciones al Alto Perú y al Paraguay contaron con el apoyo entusiasta de los pueblos. La tibieza posterior se debería a los errores cometidos por el ejército, especialmente a los excesos de la oficialidad y de los soldados.

Pero la primera expedición al Alto Perú ya conoció muchas dificultades, especialmente la desertión (véase RICARDO LEVENE, *Nuevas comprobaciones sobre la apocricia del "plan" atribuido a Mariano Moreno*, Buenos Aires, 1948, p. 40; MANUEL RICARDO TRELLES, *Indice del Archivo del Gobierno de Buenos Aires, correspondiente al año 1810*, Buenos Aires, 1860, p. 135; ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del Gobierno de Buenos Aires*, t. 25, documento 107). Pueyrredón avisaba a la Junta con fecha 18 de setiembre que existían dificultades para reclutar gente porque "siendo la mayor parte vagabundos se prevalen de lo montuoso de estos terrenos para substraerse a las diligencias del Gobierno". La Junta le contestó el 15 de octubre reconociendo "las dificultades que ofrece lo fragoso de esas campañas" (ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN: Archivo del Gobierno de Buenos Aires, t. 25, documento 115). Era la vieja historia de la leva, que se repetía incesantemente en los distritos rurales, bajo Sobre Monte, bajo Cisneros, bajo la pri-

Por último, Domingo Faustino Sarmiento, natural de Cuyo, y muy cuidadoso de los pormenores provincianos de su niñez, resume vigorosamente la situación general, dando implícitamente noticia de su tierra nativa con estas palabras terminantes: "La revolución, excepto en su símbolo exterior, independencia del rey, era sólo interesante e inteligible para las ciudades argentinas, extraña y sin prestigio para las campañas" (28).

En las ciudades estaba el foco, la iniciativa razonada, el ejemplo y el impulso. A retaguardia vino a sumarse la población campesina. Indiferente a las necesidades del gobierno colonial, había desertado de los ejércitos de Sobremonte; indiferente, en un comienzo, a los ideales de la revolución, había visto pasar a las tropas de Buenos Aires sin adherirse con fervor a su causa. Desheredada pero independiente, por la baratura del sustento suministrado por la carne, no se mezclaba a los conflictos de la ciudad, de la que no esperaba ningún beneficio. Sin embargo, el sentimiento localista del campesino se inclinaba preferentemente hacia el partido de la emancipación; con ella vino el libre comercio de las carnes y de los cueros y la ruptura de las comunicaciones interiores del virreinato, factores ambos beneficiosos para el acrecentamiento de la influencia política y económica de los ganaderos bonaerenses.

Fué una consecuencia imprevista de la revolución, fecun-

mera Junta; y que José Hernández pintaría después, magistralmente, en el capítulo XXV de la segunda parte de *Martín Fierro*.

La expedición al Paraguay, después de las etapas San Nicolás, Santa Fe, Paraná, transitó por una zona escasamente poblada. Las adhesiones recibidas, a partir de la Bajada del Paraná, no pudieron ser importantes: "No habíamos pasado más pueblo desde la Bajada que Curuzú Cuatiá, que tiene veinte, o treinta ranchos. Yaguareté-Corá que tiene doce, y Candelaria que tiene el colegio arruinado, los edificios de la plaza cayéndose y algunos escombros que manifestaban lo que había sido". (MANUEL BELGRANO, *Memoria sobre la expedición al Paraguay, 1810-1811*, en MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *ob. cit.*, t. III, p. 18. Llegado a tierra paraguaya "veía que marchaba por un país del todo enemigo" (*ob. cit.*, p. 21).

(28) DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, *Facundo*, reed. de "La cultura popular", Buenos Aires, 1933, p. 95.

da en cambios políticos y sociales. Los precursores no se habían propuesto ese trastorno; él vino ciegamente, a favor de los hechos. El estanciero, perteneciente a una clase subalterna de la población colonial, llegó a ser el eje del gobierno, una vez consumada la emancipación (29).

Pero en 1810 eran los comerciantes, los abogados, los clérigos, los médicos y la plebe de las ciudades quienes se jugaban por la doctrina urbana de la revolución (30).

(29) JUAN y GUILLERMO PARISH ROBERTSON, *La Argentina en la época de la revolución*, trad. de Carlos A. Aldao, Buenos Aires, 1918, t. I, p. 60 y ss. Mariano Moreno en la Representación de los Hacendados hacía notar la triste situación económica y social de los productores rurales (MARIANO MORENO, *ob. cit.*, p. 114). Véase también JUAN ALVAREZ, *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República Argentina*, Buenos Aires, 1936.

(30) No se entienda que, según mis afirmaciones, todo movimiento libertador es urbano. El impulso de libertad es inherente al hombre, en cualquier parte que se encuentre. Pero sus objetivos son distintos en la ciudad y en el campo.

El ciudadano vive en constante relación de interdependencia con la masa de hombres que lo cerca. No aspira a independizarse; solo desea que no exista para él ninguna desventaja en el trato de sus semejantes. Necesita la igualdad.

El hombre del campo, en cambio, se ve aislado e independiente. Busca la ayuda de los otros en la medida en que sus fuerzas no bastan; y estima en los otros las cualidades y las fuerzas que a él le faltan. Siente la desigualdad en la medida en que es imposible la independencia. La desigualdad de los sexos, de las edades, de la sabiduría y de la fuerza.

Por eso el ciudadano busca la libertad igualitaria; la destrucción de los privilegios, de las vallas preestablecidas e insalvables. El campesino en cambio admite la desigualdad preestablecida; los privilegios del padre, del marido, del señor o del párroco; y los prefiere inmutables y previsibles, para acomodarse a ellos, y conservar, bajo esa carga conocida, toda la independencia restante.

Las masas urbanas sacrifican su independencia, y se someten con facilidad a jefes poderosos, que imperan igualitariamente sobre todos los miembros de la sociedad. Prefieren un tirano distante a un padre autoritario. Niegan todo lo que no nace de la propia voluntad; las tradiciones impuestas por los antepasados, las costumbres envejecidas.

El campesino prefiere la estabilidad, que hace innecesaria la intervención intempestiva del soberano creador de normas. Un nuevo impuesto lo molesta más que un privilegio antiguo. La potestad prevista del padre o del señor nunca es tan odiosa como una orden foránea.

Los campesinos se alzan para defender la tierra, las costumbres, las creencias, los hogares amenazados. Son movimientos defensivos.

En las ciudades en cambio es posible la verdadera revolución, es decir el acto destinado a revolver, a trastornar, a cambiar el orden existente. La ofensiva contra lo preestablecido.

Herederos de la España urbana del siglo XVI y en buena parte hijos de los aventureros de Potosí, tenían en la ciudad minera su mejor símbolo. De allí vinieron las expediciones po-

Para estudiar las revoluciones americanas es necesario establecer si fueron movimientos urbanos o rurales; si trataron de cambiar las normas o de defender el territorio. Si reaccionaron contra nuevos impuestos, en defensa de lo preestablecido; o si cambiaron lo preestablecido, aunque exigiera la creación de nuevos impuestos.

Para las masas indígenas, el alzamiento tenía cierto carácter de reacción defensiva contra la conquista, renovada constantemente, en cada acto de opresión. Lo esencial para ellas era la independencia, la expulsión de las autoridades intrusas; y en cierto modo actuaron dentro del medio campesino. Pero fracasaron en sus intentos. Dice Arciniegas: "Otra cosa fueron las revueltas de los campesinos. Los comuneros del Paraguay y los de Nueva Granada, los sublevados de Tupac Amará en el Perú, los indios que en Quito y en los llanos de Venezuela se envañentaban, por un instante dieron la impresión de que iban a desencañonar el libro de la colonia. La insurgencia se sofocó de un modo tan brutal y eficaz que de la algarabía se pasó al llanto, del llanto al sollozo y del sollozo al silencio, hasta que un día América quedó tan callada como si se hubiera tragado la lengua" (GERMÁN ARCINIEGAS, *Este pueblo de América*, México, 1945, p. 80).

En cambio las poblaciones urbanas reaccionaban fundamentalmente contra la desigualdad civil, que los excluía de los cargos públicos; contra los estorbos que limitaban el comercio, es decir, la interdependencia económica; contra la esclavitud, que creaba la más odiosa de las desigualdades. Por eso, los esclavos negros apoyaron a la revolución liberal, y la palabra "mulato", aplicada a algún prócer de la independencia, más que una expresión de desdén, resulta una ingenua confesión de la verdad histórica.

Triunfaron los promotores de esta revolución urbana, que se proponían la igualdad civil. En unos casos, esos promotores no perseguían la independencia, y aun eran buenos españoles europeos, de nacimiento y de corazón. En otros, comprendían que la igualdad civil era incompatible con la metrópoli conservadora y distante.

Si Cuba a pesar de su intenso urbanismo, fué la última colonia española que se emancipó, ello fué debido a una serie de circunstancias. Su población blanca, europea o criolla, estaba interesada en el mantenimiento de la esclavitud, necesaria para las industrias locales. Su posición insular la ponía a cubierto de todo ataque por parte de los ejércitos patriotas del continente; y al servir de refugio a los emigrados españoles de las otras colonias multiplicó los adherentes al partido metropolitano.

La revolución liberal, urbana, fué el nervio del movimiento en la América española. Los contingentes de campesinos y de indígenas al apoyar la sedición, acentuaron su carácter emancipador.

En los Estados Unidos, la población agrícola tuvo un papel más decisivo. En el Brasil también actuó, contrariando a veces las agitaciones igualitarias. Dice Pedro Calmón: "Acontecimientos posteriores dieron a los movimientos de Pernambuco una forma más urbana y radical,

bladoras del Tucumán y fué allí donde nació esta necesidad de abrirle puertos a la tierra que hizo repoblar a Buenos Aires.

Hacia 1611, dicen que la población de Potosí ascendía a 160.000 almas ⁽³¹⁾. Después la decadencia de las mismas apagó ese esplendor. Pero aún en tiempos de Sobre Monte el lujo de las poblaciones del Alto Perú corrompía a los soldados ⁽³²⁾.

La colonia urbana, que en 1611, en plena decadencia del imperio español despoblado y vencido, tenía en Potosí su símbolo, acentuaba ahora el espíritu de aventura y de especulación en los puertos, en las ciudades universitarias, o en las opulentas capitales de los virreyes, como Lima y México; donde vivían en palacios, ostentando soberbias platerías, muebles ornamentados, tapices, cuadros, sedas, esclavos dóciles y servidores cortesanos, los indios ricos y los magnates españoles.

Aún se podía soñar como Simbad en una tierra lejana, donde esperaba la fortuna escondida tras el rumor de las aguas.

que debía, naturalmente, hallar resistencias en la aristocracia rural''. (PEDRO CALMON, *Historia de la Civilización Brasileña*, trad. de Julio E. Payró, Buenos Aires, 1937, p. 228).

Aristocracia rural, propiedad de las tierras, resistencia a los impuestos, sentimiento de independencia eran los elementos de una corriente de opinión que debe distinguirse de la que se agitaba en los puertos, en las universidades, en el despacho del comerciante, y en el bufete del abogado, en la masa pobre de proletarios blancos y en la esperanza de los esclavos negros.

⁽³¹⁾ Véase el anexo nº 6.

⁽³²⁾ Informe del Sub-Inspector General, Marqués de Sobre Monte, acerca del deficiente estado de preparación militar del virreinato, elevado al virrey del Pino con fecha 9 de agosto de 1802 (publicado en JUAN BEVERINA, *El Virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar*, Buenos Aires, 1935, la cita en pág. 440).

Nº 1

CUADRO COMPARATIVO DE LA POBLACION DE ALGUNOS PAISES CON LA DE SUS CIUDADES MAS
 IMPORTANTES A COMIENZOS DEL SIGLO XIX

AÑO	PAÍS	CUADRO MÁS IMPORTANTE	CIUDAD MÁS IMPORTANTE	RELACION	
1801	Inglaterra y Gales	8.892.536	Londres:	864.845	9,72 % (1)
1801	Reino Unido:	16.300.000	Londres:	864.845	5,30 % (2)
1801	Francia:	26.900.000	Paris:	547.756	2,03 % (3)
1801	Austria-Hungría:	25.800.000	Viena (1800)	231.000	0,87 % (4)
1801	Italia:	17.500.000	Nápoles:	350 6 380.000	2 6 2,17 % (5)
1800	España:	10.504.000	Madrid:	160.000	1,52 % (6)
1801	Portugal:	2.900.000	Lisboa:	120 6 180.000	4,02 6 6,20 % (7)
1801	Alemania:	28.000.000	Berlin:	172.000	0,61 % (8)
1801	Países Bajos:	2.000.000	Amsterdam:	215.000	10,75 % (9)
1801	Bélgica:	2.900.000	Bruselas:	66.000	2,20 % (10)
1800	Estados Unidos:	5.308.483	Filadelfia:	69.403	1,30 % (11)
1804	México:	5.837.100	México:	135.000	2,31 % (12)
1811	Cuba:	600.000	Habana:	96.114	16,019 % (13)
1791	Perú:	1.300.000	Lima	52.000	4,00 % (14)
1801	Río de la Plata	600.000	Buenos Aires	40.000	6,66 % (15)

A P E N D I C E

(¹) ADNA FERRIN WEBER, *The growth of cities in the nineteenth century*, Colombia University, 1899, p. 46. SEVERINO AZNAR, *Despoblación y colonización*, Barcelona 1930, p. 66. ADOLFO POSADA, *El régimen municipal de la ciudad moderna*, Madrid, 1927, p. 65. LEVASSEUR da para Londres en 1801 una población de 958.000 almas, (E. LEVASSEUR, *La population française*, Paris, 1891, t. II p. 372).

(²) LEVASSEUR, *ob. cit.*, París, 1892, t. III p. 240 nos suministra el total para Gran Bretaña e Irlanda. Weber da para Escocia una población de 1.608.420 y para Irlanda 5.216.331, lo que arroja un total de 15.717.287 (WEBER, *ob. cit.* p. 58 y 64). Con estas últimas cifras, la población de Londres sería un 5,50 % del total.

(³) LEVASSEUR, *ob. cit.*, París, 1889, t. I p. 315 y t. II p. 345, La población ascendía a 33.000.000 (LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 232 bis). Weber da para el primer caso la cifra de 26.930.756 (WEBER, *ob. cit.* p. 73).

(⁴) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 240 y t. II, p. 376. Cita del cómputo del almanaque Gotha que arroja 300.000 habitantes para Viena en 1801. Weber da 12.600.000 para Austria en 1800, y 232.000 para Viena; 9.859.000 para Hungría y 61.000 para Budapest (WEBER, *ob. cit.*, p. 95 y 101).

(⁵) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 232 y t. II p. 380. Weber da para Italia en 1801 una población de 18.124.000 personas (WEBER, *ob. cit.* p. 119).

(⁶) L. MARTIN ECHEVERRÍA, *Geografía de España*, Barcelona, 1928, t. I p. 103. El censo de 1797 había arrojado una población de 10.541.221 habitantes.

(⁷) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 232 y t. II p. 379. Weber da 3.661.809 para Portugal y 350.000 para Lisboa, en 1801 (WEBER, *ob. cit.*, p. 120). La proporción sería de 9,55 %.

(⁸) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 232 y t. II, p. 374. Weber da para 1819, y con relación al territorio de 1899: 25.917.010 (Alemania) y 201.138 (Berlín). La relación sería de 0,77 %.

(⁹) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 232 y t. II, p. 375.

(¹⁰) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 232 y t. II, p. 374. Weber da para Bruselas en 1801-1815, una población de 66.297 individuos.

(¹¹) WEBER, *ob. cit.*, p. 21. Levasseur da para Filadelfia 70.000 habitantes (LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. III, p. 199 y t. II, p. 384. MARTIN DE MOUSSY, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, Paris, 1860, t. II, p. 260 n.

(¹²) ALEJANDRO DE HUMBOLDT, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne* Paris, 1827, 2ª edición t. I, p. 304 y 303. El censo de 1793, incompleto, había dado 3.865.559; y para todo el país se calculaban 4.483.559 habitantes (HUMBOLDT *ob. cit.*, t. I, p. 301). Pero Humboldt observa que se tenía la impresión de que la población real era mayor, afirmándose que la ciudad de México llegaba a 200.000 habitantes (HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. I, p. 303). Con ayuda de los registros parroquiales llegó a las cifras que damos en el cuadro, y que concuerdan con los censos posteriores.

(¹³) ALEJANDRO DE HUMBOLDT, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, traducción de D. J. B. de V. Y. M., Paris, 1836, p. 97 y 21. La cifra de la Habana es la que resulta del padrón de 1810 y comprende los arrabales; la correspondiente a Cuba es un cálculo hecho en 1811.

(¹⁴) CARLOS PEREYRA, *Historia de la América Española*, Madrid,

1925, t. VII, p. 326. Según José Gálvez, Lima tenía en esa época 56.627 (ver *Lima en el IV Centenario de su Fundación*, Monografía del departamento de Lima, editorial Minerva, Lima 1935, colaboración de José Gálvez titulada *Lima colonial*. Los dos autores se refieren al censo del virrey Francisco Gil de Taboada y Lemos ordenado en 1791. (ver también UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, *Historia del mundo en la edad moderna*, edición española dirigida por Eduardo Ibarra y Rodríguez, Buenos Aires, 1913, t. XXV, p. 536, colaboración de Jerónimo Becker y González).

Manuel Mendiburu explica que el censo de Gil era incompleto e inexacto ascendiendo a 1.076.000 almas, cuando debió subir por lo menos a 1.300.000 según el Virrey. Lima tenía 52.627 sin contar los militares (MANUEL DE MENDIBURU, *Diccionario histórico biográfica del Perú*, Lima 1933, t. t. VI, ps. 23 y 24).

(¹²) BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1876 t. I, p. 47 da la cifra de 600.000 habitante para finales del siglo XVII y la de 800.000 para la primera década del siglo XIX. Según aceptemos una y otra para 1801 Buenos Aires, con 40.000 habitantes, tenía el 6,66 % o el 5 % de la población total. La cifra de 40.000 habitantes para Buenos Aires es la de Félix de Azara, quien la da como indudable, y cuyos cálculos son reputados exactos por los autores posteriores, como Alberto Martínez (ALBERTO B. MARTÍNEZ, en *Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, 1910*, Buenos Aires, 1910, t. II, p. 279). Martín de Moussy analiza las cifras de Azara refiriéndola al año 1797 y calcula que los actuales territorios de Argentina, Uruguay y Paraguay tenían a fines del siglo XVIII una población de 443.000 almas; faltaría la cifra correspondiente al Alto Perú (ALBERTO B. MARTÍNEZ, *ob. cit.*, t. II, p. 275). Azara partió de Buenos Aires en 1801, y sus manuscritos se publicaron posteriormente. Entre las muchas ediciones tengo a la vista su *Viaje a la América Meridional*, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1934, t. II, p. 220 bis. Levasseur da la cifra de 40.000 habitantes para Buenos Aires en 1801 (LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 385). Este hecho prueba la excelente información del autor francés.

Nº 2

POBLACION DE ALGUNAS CIUDADES A COMIENZOS
DEL SIGLO XIX

<i>Inglaterra</i>			
Londres:	958.000	(1)	Liverpool: 54.000 (5)
Bristol:	95.000	(2)	Sheffield: 45.000 (6)
Manchester:	70.000	(3)	Newcastle: 40.000 (7)
Birmingham:	60.000	(4)	
<i>Francia</i>			
París:	547.756	(8)	Nantes: 73.879 (»)
Marsella:	111.300	(9)	Lille: 54.000 (»)
Lyon:	109.000	(9)	Tolosa: 50.171 (»)
Lyon:	109.000	(»)	Amiens: 40.289 (»)
Burdeos:	90.992	(»)	
<i>Italia</i>			
Nápoles:	350 ó 380.000	(10)	Génova: 80.000 (»)
Roma:	170.000	(»)	Turi: 76.000 (»)
Venecia:	130 ó 200.000	(»)	Balonia: 74.000 (»)
Palermo:	120.000	(»)	Florenca: 74 ó 80.000 (»)
<i>Alemania</i>			
Berlin:	172.000	(11)	Koenisberg: 50 ó 60.000 (»)
Hamburgo:	100.000	(»)	Frauefcrt: 40 ó 48.000 (»)
Breslau:	60.000	(»)	Munich: 40.000 (»)
Dresde:	54 ó 60.000	(»)	Dantzic: 36 ó 48.000 (»)
<i>España</i>			
Madrid:	160.000	(12)	Valencia: 100.000 (15)
Barcelona:	140.000	(13)	Cádiz: 72.000 (16)
Sevilla:	100.000	(14)	Granada: 60.000 (17)
<i>Estados Unidos</i>			
Filadelfia:	69.403	(18)	Boston: 24.932 (»)
New York:	60.479	(»)	Charleston: 20.473 (»)
Baltimore:	26.114	(»)	Salem: 9.457 (»)
<i>México</i>			
México:	135 ó 140.000	(19)	Cinaloa: 9.500 (34)
Puebla:	67.000	(20)	Taos: 8.500 (35)
Querétaro:	35.000	(21)	San Pedro de
Zacatecas:	33.000	(22)	Batopilas: 8.000 (36)
Oaxaca:	24.400	(23)	Villa del Fuerte: 7.900 (37)
Guadalajara:	19.500	(24)	Los Alamos: 7.900 (»)
Valladolid de			Arispe: 7.600 (»)
Michoacan:	18.000	(25)	Nombre de Dios: 6.800 (38)
Veracruz:	16.000	(26)	Campeche: 6.000 (39)
Cholula:	16.000	(27)	Saltillo: 6.000 (40)
Xalapa:	13.000	(28)	Albunquerque: 6.000 (»)
San Luis:	12.000	(29)	Pascuaro: 6.000 (41)
Durango:	12.000	(30)	Papasquiario: 5.600 (42)
Chihuahua:	11.600	(»)	Tezucuo: 5.000 (43)
Culiacan:	10.800	(31)	Acapulco: 4.000 (»)
Santa Rosa:	10.700	(32)	Santa Fe: 3.600 (44)
San Juan del Río:	10.200	(»)	Tlaxcala: 3.400 (45)
Mérida de Yucatán	10.000	(33)	

Otras ciudades

San Petesburgo:	400.000 (46)	Varsovia:	90 á 100.000 (2)
Moscú:	250 ó 300.000 (47)	Edimburgo:	85.000 (50)
Amsterdám:	280.000 (2)	Glasgow:	81.048 (51)
Viena:	231.000 (48)	Praga:	70.000 (52)
Lisboa:	120 á 180.000 (49)	Estocolmo:	75 á 80.000 (52)
Copenhague:	90 á 100.000 (2)	Bruselas:	66.000 (54)

Territorio Argentino

Buenos Aires:	40.000 (56)	Corrientes:	4.500 (2)
Córdoba:	11.500 (2)	Santa Fe:	4.000 (2)
Mendoza:	9.234 (2)	Tucumán:	3.640 (2)
San Juan:	7.000 (2)	Santiago del	
Catamarca:	5.971 (2)	Estero:	3.220 (2)
Salta:	5.093 (2)	La Rioja:	2.921 (2)
Jujuy:	4.460 (2)	San Luis:	818 (2)

(1) LEVASSEUR, E., *La population française*, Paris, 1891, p. 373. Weber dá la cifra de 864.845 habitantes (ADNA FERRIN WEBER, *The growth of cities in the nineteenth century*, Columbia University, 1899, p. 46).

(2) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 373.

(3) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 372. Sombart da la cifra de 94.876 habitantes (WERNER SOMBART, *El apogeo del capitalismo*, México, 1946, t. I, p. 428).

(4) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 373. Sombart calcula 70.670 almas (SOMBART, *ob. cit.* p. 428).

(5) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 373. Otros calculan 77.600 (JACKSON W. M., *Geografía Universal*, t. III, p. 209).

(6) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 373. Sombart dá 45.755 habitantes (SOMBART, *ob. cit.*, t. I, p. 428).

(7) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 373.

(8) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 345. Idem (WEBER, *ob. cit.*, p. 73).

(9) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 345.

(10) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 380.

(11) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 376.

(12) En 1800, según L. MARTIN ECHEVERRÍA, *Geografía de España*, Barcelona, 1928, t. I, p. 103; para la misma época Weber calcula 156.670, Zabala y Lera 168.000 y Levasseur entre 154 y 300.000 (WEBER, *ob. cit.*, p. 119; PÍO ZABALA Y LERA, *España bajo los Borbones*, Barcelona 1930, p. 327; LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 379). Hacia 1926, Sebastián de Miñano calculaba la población de Madrid en 201.344 almas (SEBASTIAN DE MIÑANO, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, Madrid, 1826).

(13) En 1799, fecha del censo de frutos y manufacturas, según Pío ZABALA Y LERA, *ob. cit.*, p. 327). La población real debía ser inferior.

Levasseur la calcula entre 100 y 115.000, hacia 1801; Moreau de Jonnes en 111.000 en 1808; y Miñano en 120.032 en 1826 (LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 379; MOREAU DE JONNES, *Estadística de España*, traducción de Pascual Madoz e Ibáñez, Barcelona, 1835, p. 67; Y SEBASTIAN DE MIÑANO, *ob. cit.*). L. Martín Echeverría calcula 115.000 en 1800 (L. MARTÍN ECHEVERRÍA, *ob. cit.*, t. I, p. 103).

(¹⁴) En 1799, Pío ZABALA Y LERA, *ob. cit.*, p. 327). Según Levasseur tenía 38.000 en 1801; según Moreau de Jonnes tenía 96.000 en 1817; y según Miñano tenía 91.360 en 1826 (LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 379; MOREAU DE JONNES, *ob. cit.*, p. 67; SEBASTIAN DE MIÑANO, *ob. cit.*).

(¹⁵) En 1799, Pío ZABALA Y LERA, *ob. cit.*, p. 327. Según Miñano tenía en 1826, 65.840 individuos (SEBASTIAN DE MIÑANO, *ob. cit.*).

(¹⁶) En 1799, Pío ZABALA Y LERA, *ob. cit.*, p. 327; Madoz calcula que en 1813, incluyendo el partido con la isla de León y la Carraca, tenía 98.414; y Miñano expresa que en 1826 tenía 53.426 (PASCUAL L. MADDOZ, *Diccionario geográfico estadístico de España*, Madrid, 1848, t. V, p. 117; SEBASTIAN DE MIÑANO, *ob. cit.*).

(¹⁷) En 1799, Pío ZABALA Y LERA, *ob. cit.*, p. 327; en 1826 tenía según Miñano 80.000 almas (SEBASTIAN DE MIÑANO, *ob. cit.*).

(¹⁸) WEBER, *ob. cit.*, p. 21.

(¹⁹) HUMBOLDT, ALEJANDRO DE, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, Paris, 1827, 2^a édition, t. II, p. 78.

(²⁰) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 158.

(²¹) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 78.

(²²) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 184.

(²³) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 191.

(²⁴) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 181.

(²⁵) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 177.

(²⁶) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 214.

(²⁷) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 158.

(²⁸) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 214.

(²⁹) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 227.

(³⁰) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 235.

(³¹) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 245.

(³²) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 235.

(³³) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 197.

(³⁴) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 245.

(³⁵) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 255.

(³⁶) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 235.

(³⁷) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 245.

(³⁸) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 235.

(³⁹) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 197.

(⁴⁰) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 235.

- (⁴¹) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 145.
- (⁴²) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 235.
- (⁴³) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 145.
- (⁴⁴) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 255.
- (⁴⁵) HUMBOLDT, *ob. cit.*, t. II, p. 158.
- (⁴⁶) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 375 cita además el cómputo nel almanaque Gotha: 220.000.
- (⁴⁷) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 378.
- (⁴⁸) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 376, cita el almanaque Gotha que ná 300.000 habitantes. Weber calcula 323.000 (WEBER, *ob. cit.*, p. 120).
- (⁴⁹) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 379.
- (⁵⁰) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 378.
- (⁵¹) WEBER, *ob. cit.*, p. 58. Según Levasseur tenía 30.000 habitantes (LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 374).
- (⁵²) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 377.
- (⁵³) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 379.
- (⁵⁴) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 374.
- (⁵⁵) LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. II, p. 379.
- (⁵⁶) Véase el apéndice n^o 3. Las cifras correspondientes a Mendoza, San Juan y San Luis, calculadas por Sobre Monte para el año 1785 deberian ser aumentadas, dentro de cierta proporción, para establecer los cómputos correspondientes a 1801.

En el año 1822 Buenos Aires tenía según el empadronamiento levantado por Ventura Arzac, 55.416 habitantes; y según los cálculos de Vicente López y Planes 68.896 almas (ALBERTO B. MARTÍNEZ, *Historia demográfica de Buenos Aires*, en *Censo General de la Ciudad de Buenos Aires, 1910*, Buenos Aires, 1910, t. III, p. 288 y ss.). Comparando estas cifras con las que suministra Miñano para las ciudades de España en 1826, se advierte la importancia relativa de Buenos Aires, cuya población era superior a las de Cádiz, Málaga, Zaragoza, Lorca, Murcia, Jerez de la Frontera, Cartagena, Santiago de Compostela, etc.

Véase el apéndice n^o IV.

POBLACION DEL TERRITORIO ARGENTINO Y DE SUS
CIUDADES HACIA 1800

Es difícil determinar con precisión cual era el número de habitantes del territorio argentino hacia 1800. Contamos con diversos cálculos parciales, de los que muy pocos tienen carácter oficial; y con algunos cómputos globales, a ojo de buen cubero.

Voy a analizar en primer término diversos datos anteriores a 1800; luego estudiaré las cifras correspondientes a esta fecha; por último compararé estos resultados con otros cómputos acerca de la población de la República y con la población urbana de Inglaterra.

I

Concolorcovo, hacia 1770 calculaba la población del Tucumán en 100.000 personas, o sea 20.000 vecinos, a razón de cinco habitantes por vecino (CONCOLORCOVO, *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima 1773*, ediciones argentinas "Solar", Buenos Aires, 1942, p. 176).

Buenos Aires tenía 22.007 habitantes (p. 43). Montevideo encerraba 1000 vecinos o sea 5.000 habitantes (p. 30). Debe advertirse que el número de vecinos estaba integrado por personas de raza blanca; y que, tal vez, con la gente de color, sería más crecida la población. Córdoba contaba con 500 á 600 vecinos, de donde resultarían unos 3.000 habitantes; pero se aclara que había gran abundancia de negros (p. 70).

Para todas las ciudades del Tucumán dice: "Las dos mayores poblaciones son Córdoba y Salta. Las tres del camino itinerario, que son Santiago del Estero, San Miguel del Tucumán y Jujuy, apenas componen un pueblo igual al de Córdoba y Salta, y todas cinco poblaciones, con el nombre de ciudades, no pudieran componer igual número de vecinos a la de Buenos Aires" (p. 175).

Buenos Aires tenía 22.007 y el Tucumán 100.000 según sus cálculos, la población urbana de la provincia no alcanzaba al 22 %. Conviene advertir que en la lista no figuran las ciudades de Catamarca y de la Rioja, pertenecientes a la gobernación del Tucumán, pero situadas fuera del camino itinerario. Ahora bien, La Rioja tenía en 1785 un 23,13 % de población urbana, y Catamarca en 1801 llegaba al 37,45 % como veremos luego.

Salta, según el mismo autor, había tenido en el año 1771, 278 nacimientos, de los que correspondían 97 a la raza blanca y 181 a la

de color; de manera que si le aplicamos el mismo porcentaje de natalidad, que según los datos de Concolorcovo, tenía Buenos Aires, o sea el 6,14 %, Salta debía tener 4.527 habitantes. En el mismo año los muertos fueron 186, y según el porcentaje de mortalidad de Buenos Aires, que era de 4,32 %, correspondería a Salta una población de 4.305 personas. En cualquiera de ambos casos debe advertirse que la gran mayoría eran indios, pardos y morenos (ps. 111, 112, y 43).

Dice que en Potosí había 12.000 indios, sin indicar el número de habitantes de raza blanca (p. 205); y en el Cuzco 30.000 habitantes (p. 265).

La cifra correspondiente al Cuzco es mayor que la referente a Buenos Aires. La exactitud de los cálculos con relación a esta última ciudad se vió confirmada por el censo de Vertiz.

El censo de Vertiz, en 1778, dió las siguientes cifras para Buenos Aires y su campaña: ciudad, 24.083; Campaña, 12.926. El total era de 37.009, con 65,61 % de población urbana (EMILIO RAVIGNANI, *Crecimiento de la población de Buenos Aires y su campaña, 1726-1810* en el tomo I de los Anales de la Facultad de Ciencias Económicas). Con pequeñas variantes se repiten estas cifras en la publicación que contiene la reproducción de este censo: ciudad, 24.205; campaña, 12.925; total 37.130 (FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *Documentos para la historia argentina*, t. XII, Bs. Aires, 1919, p. 120 bis).

El marqués de Sobre Monte, en su calidad de gobernador intendente de Córdoba, visitó el territorio sometido a su mando, durante el año 1785 y registró las siguientes cifras de población: Córdoba, 38.809 almas, y su capital 8.000; Mendoza, 10098 y su capital 9.234; La Rioja 9.887 y su Capital 2.287; San Luis 7.870 y su Capital 818; San Juan, 7.700 y la ciudad 7.000 (JOSÉ TORRE REVELLO, *El marqués de Sobre Monte*, Buenos Aires, 1846, p. 22 y ss. y XCI y ss.).

Las cifras enunciadas en primer término comprenden el total del distrito, con su capital inclusive, como se desprende del análisis de los parciales que suministra con referencia a la provincia de Córdoba.

Martín de Moussy dice que Cuyo tenía en 1770, 22.007 habitantes; y que la provincia de Córdoba en 1779 llegaba a 44.052 almas (MARTÍN DE MOUSSY, *Description géographique et statistique de la confédération argentine*, París, 1860-1864, t. II, p. 275 y t. III, p. 186 y 459).

José Torre Revello cita el censo de 1776 de la provincia de Córdoba, que daba 40.222 para el distrito y 7.283 para la ciudad; para 1779 da la misma cifra que de Moussy (JOSÉ TORRE REVELLO, *ob. cit.*, p. 24 n.).

II

Podemos estimar la población del territorio argentino hacia 1800 gracias a Félix de Azara y al obispo Moscoso. El primero calculó la población del litoral, con referencia al año 1797; y el segundo la de todo el obispado del Tucumán en 1801. Sólo nos faltaban los cómputos referentes a la provincia de Cuyo, pues el obispado del Tucumán comprendía la antigua gobernación del Tucumán (Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca y La Rioja). Podemos llenar este claro con las cifras de Sobre Monte para 1785.

a) Azara dice que las cinco ciudades del litoral tenían la siguiente población: Buenos Aires, 40.000 habitantes; Montevideo, 15.245; Corrientes, 4.500; Santa Fe, 4.000; y Maldonado, 2.000. En total 65.745.

No se cuentan las poblaciones que no tenían la categoría de ciudad, como la Bajada del Paraná o la Colonia del Sacramento.

Calculaba que el 50 % de los españoles de la zona vivía en las cinco ciudades (FÉLIX DE AZARA, *Viajes por la América Meridional*, Espasa Calpe S. A., Madrid, 1934, t. II, pág. 220 bis y 178.

Martín de Moussy analiza las cifras de Azara y llega a las siguientes conclusiones:

Buenos Aires (ciudad y campaña)	72.168
Santa Fe (ciudad y campaña) . .	11.292
Corrientes (ciudad y campaña) .	9.228
Entre Ríos	11.600
Misiones	43.340
B. Oriental (ciudades y campaña)	30.665

TOTAL 178.293

(MARTÍN DE MOUSSY, *ob. cit.*, t. II, p. 275).

Con relación a este total de 178.293, la población urbana de 65.745, equivalía al 36,87 %.

Si eliminamos el territorio uruguayo (30.665 habitantes), queda un total de 147.638 almas, con tres ciudades: Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes. Estas ciudades tenían en total 48.500 habitantes, o sea el 32,84 %.

b) El obispo Moscoso en 1801, suministraba las siguientes cifras para la población de su diócesis:

	CIUDAD	PARTIDO
Santiago del Estero	3.220	19.772
Tucumán	3.640	20.014
Salta	5.093	8.435
Jujuy	4.460	13.729
Córdoba	11.500	40.300
Catamarca	5.971	15.942
La Rioja	2.921	10.372
TOTAL	36.805	129.564

Aunque las expresiones del obispo son ambiguas, todo parece indicar que bajo el nombre de partido, o de jurisdicción daba la población total de cada provincia, incluso la de su capital. Esto se confirma comparando las cifras que suministra para La Rioja con las correlativas dadas por el marqués de Sobre Monte quince años antes.

Si así no fuera, la población total del obispado ascendería a la suma de los dos guarismos señalados precedentemente, es decir a 166.369 almas.

La población urbana alcanzaba al 28,40 % de la total, si ésta última era de 129.564 almas; y al 22.12 % si la población de todo el obispado llegaba a 166.369 habitantes (*Informe del obispo Moscoso al Rey sobre su obispado*, en "Revista de Buenos Aires", Buenos Aires, 1871, reimpresión, t. 25, p. 26 y ss.).

Vicente G. Quesada reproduce las cifras de Moscoso para Catamarca (VICENTE G. QUESADA, *Noticias y documentos históricos sobre la provincia de Catamarca*, en "Revista de Buenos Aires", Buenos Aires, 1863, reimpresión, t. I, p. 179, cita para más informes a B. RUZO, *Descripción física y política de Catamarca*, en "Revista de Paraná").

Manuel Lizondo Borda acepta los cómputos del obispo, con referencia a Tucumán, aunque redondeándolos: "Ahora bien, dentro de este distrito había en 1801, según el obispo Moscoso, unas veinte mil almas, y sólo en la ciudad más o menos unas cuatro mil" (MANUEL LIZONDO BORDA, *Tucumán (1810-1862)* en "Academia Nacional de la Historia": *Historia de la Nación Argentina*, director Ricardo Levene, Editorial "El Ateneo", Buenos Aires, 1946, t. IX, p. 492). En la misma obra, Alfredo Gargaro, estima la población de la ciudad de Santiago del Estero en 1810 en unas cuatro a cinco mil almas (ALFREDO GARGARO, *Santiago del Estero (1810-1862)*, en "Academia Nacional de la Historia", *ob. cit.*, t. IX, p. 437); y César B. Pérez Colman calcula la población de Entre Ríos en 1806 en unos 15 a 16.000 individuos (CÉSAR B. PÉREZ COLMAN, *Entre Ríos (1810-*

1862), en "Academia Nacional de la Historia", *ob. cit.*, t. IX, p. 24.

c) La provincia de Cuyo queda fuera de estos cálculos. Sobre Monte nos suministra los datos referentes a 1785: Mendoza: 10.098 habitantes y su capital, 9.234; San Luis, 7.810 y su capital, 818; San Juan, 7.700 y la ciudad 7.000. Total, 25.608 almas de las que corresponden 17.052 a las tres ciudades, es decir el 66,64 %.

En 1800 la población de Cuyo debía haber aumentado; y en 1810, según Julio C. Raffo de la Reta era la siguiente: Mendoza, 20.000; San Juan, 12.000; San Luis, 8.000 (JULIO C. RAFFO DE LA RETA, *Mendoza (1810-1862)*, en "Academia Nacional de la Historia", *ob. cit.*, t. X, p. 22).

Entre la cifra de Sobre Monte para 1785 (25.608) y la de Raffo de la Reta para 1810 (40.000 habitantes), debemos colocar la población de Cuyo en 1800 calculándola alrededor de 32. 804 almas (cifra intermedia).

La población había aumentado; pero, en ausencia de datos más precisos, debemos suponer que no había variado el porcentaje de urbanismo.

d) La población de las ciudades argentinas más importantes era la siguiente, hacia 1800, según los datos de Azara, Moscoso y Sobre Monte:

Buenos Aires	40.000	(Azara)
Corrientes	4.500	(Azara)
Santa Fe	4.000	(Azara)
Córdoba	11.500	(Moscoso)
Catamarca	5.971	(Moscoso)
Salta	5.093	(Moscoso)
Jujuy	4.460	(Moscoso)
Tucumán	3.640	(Moscoso)
Santiago del Estero	3.220	(Moscoso)
La Rioja	2.921	(Moscoso)
Mendoza	9.234	(Sobre Monte)
San Juan	7.000	(Sobre Monte)
San Luis	818	(Sobre Monte)

TOTAL: 102.357 almas.

La cifra real puede suponerse más elevada, pues los datos para las ciudades de Cuyo son de 1785. Además, solo se enumeran las capitales de provincia; pero existían muchas otras ciudades pequeñas, como la Bajada del Paraná, Lujan, Río Cuarto, etc. El cómputo sería mucho más elevado si incluyéramos a todas las poblaciones con más de 100 habitantes, como se hizo en el censo de 1869.

La población total puede calcularse con la misma relativa imprecisión, sumando los parciales:

Litoral	147.628	(Martín de Moussy)
Tucumán (obispado) . . .	129.564	(Moscoso)
Cuyo	25.608	(Sobre Monte)
	<hr/>	
Total	302.800	

La población urbana con relación a la total, absorbía el 33,80 %.

Si suponemos que la población del Tucumán ascendía a 166.369 habitantes, la población total del territorio argentino subiría a 339.605; y el porcentaje de población urbana descendería al 30,14 %.

Adviértase de nuevo que este porcentaje se elevaría mucho si se incluyeran como poblaciones urbanas a todas las que contenían más de 100 habitantes.

En cambio si sólo consideráramos población urbana a la de los centros con 5.000 habitantes como minimum, sólo figurarían en la lista: Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, San Juan, Catamarca, y Salta con un total de 78.798 habitantes.

Esta población urbana, de 78.798 personas, sería el 26,02 % de 302.800; y el 23,20 % de 339.605.

No debe olvidarse que todas estas cifras son susceptibles de un pequeño aumento, porque debe reajustarse la población de Cuyo, calculando la que correspondería al año 1800. En esta forma tendríamos para el litoral 147.628 habitantes (Azara y de Moussy); para el obispado de Tucumán 129.564 (Moscoso); y para Cuyo 32.804 (cifra intermedia entre los cálculos de Sobre Monte y los de Raffo de la Reta). En total, para el territorio argentino en 1800, 309.996 habitantes.

Esta cifra es muy aproximada a la que Martín de Moussy había calculado, y a la aceptada por Carrasco, o sea 310.628 (REPÚBLICA ARGENTINA, *Segundo Censo de la República Argentina, mayo 10 de 1895*, talleres tipográficos de la Penitenciaría Nacional, Bs. Aires, 1898, t. II, p. XVIII).

III

Inglaterra y Gales, en 1801 tenían un 25,84 % de población urbana, calculado sobre las ciudades con más de 5.000 almas; es decir que el porcentaje era más alto en el territorio argentino.

El censo de 1869, con los pueblos de más de 100 habitantes inclusive, llegaba al 34,58 %. Había descendido el porcentaje de población urbana con relación a 1801; y puede suponerse que este descenso había sido mayor durante la época esencialmente rural de

la dictadura rosista, pues a partir de su caída había comenzado a señalarse un renacimiento de las ciudades.

Las capitales de 1801, que son las únicas incluídas en nuestro cálculo, tenían en 1869, 305.143 habitantes, o sea el 17 %. Esta comparación permite apreciar cuan importante había sido el descenso de la población urbana.

El segundo censo nacional, levantado en 1895, dió un 42,8 % de población urbana, calculado sobre los centros con más de 100 habitantes. (REPÚBLICA ARGENTINA, *Segundo censo*, etc., p. XXIV).

Pero en aquella misma época, y sobre la misma base de centros con más de 100 habitantes, Italia tenía un 72,7 % de población urbana calculada en 1881; Inglaterra y Gales tenían en 1891 un 72 % de población urbana, calculado sobre la base de los centros con más de 3.000 habitantes; sobre esta última base Alemania tenía en 1890 un 47 % de población urbana (REPÚBLICA ARGENTINA, *Segundo censo*, etc., p. XXIV).

Es decir que, mientras en 1800 el territorio argentino tenía un porcentaje de población urbana superior al de Inglaterra; en 1895 había quedado a gran distancia de los países altamente urbanizados. Puede afirmarse que, si se realizaran los cómputos sobre la misma base de poblaciones con más de 100 habitantes, obtendríamos un porcentaje superior para 1800. Es decir, que durante el virreinato el territorio argentino estuvo proporcionalmente más urbanizado que durante el período de vida independiente que abarca el siglo XIX.

IV

En el resto del virreinato podemos considerar que el territorio uruguayo tenía un alto porcentaje de urbanización; el paraguay era, en cambio, esencialmente rural; y el boliviano se encontraba posiblemente en un término medio.

Según Azara, Montevideo tenía 15.245 habitantes, y Maldonado 2.000 habitantes. En total, una población urbana de 17.245 habitantes, sin contar los centros menores. La Banda Oriental tenía alrededor de 30.665 almas.

Ahora bien, con una población total de 30.665 almas, y una población urbana de 17.245, el porcentaje de urbanismo ascendería al 56,23 %.

La proporción descendía mucho en el Paraguay, cuya población total llegaba según el gobernador Melo a 93.972 almas, a fines del siglo XVIII)GREGORIO FUNES, *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*, Buenos Aires, 1856, 2ª ed., t. II, p. 280). Azara calcula 97.480 habitantes para el Paraguay y 7088

para Asunción, que era la única ciudad (FÉLIX DE AZARA, *ob. cit.*, t. II, p. 211 bis).

Cabe anotar que la población censada por Azara en las Misiones occidentales y orientales ascendía a 43.340 individuos y que el gobernador Joaquín de Soria en 1801 censó los 30 pueblos guaraníes, registrando 45.639 almas (GREGORIO FUNES, *ob. cit.*, t. II, p. 317; véase también la población de Misiones en diferentes épocas en MARTÍN DE MOUSSY, *ob. cit.*, t. II, p. 272).

Con referencia al Alto Perú y a su población urbana conviene advertir que las ciudades de La Paz, Potosí, Charcas, y Cochabamba ocupaban un lugar importante en las listas para la contribución patriótica preparadas en 1808; y que además figuran en esas listas las ciudades de Oruro, Tupiza y Tarija, en total siete, sobre las 22 del virreinato (DIEGO LUIS MOLINARI, *Un Virrey*, Buenos Aires, 1923, p. 16).

Manuel Moreno, hacia 1810 calculaba la población de Chuquisaca entre 14 y 18.000 almas y la de Potosí en 26.000 almas (MANUEL MORENO, *Vida y Memorias del Dr. Mariano Moreno*, en MUSEO DE HISTORIA NACIONAL, *Memorias y Autobiografías*, t. II, ps. 36 y 57).

V

En cifras redondas, podemos calcular hacia 1800, unos 180.000 habitantes para el litoral argentino y uruguayo; 130.000 para el Obispado de Tucumán; 33.000 para Cuyo y 100.000 para el Paraguay. En total 443.000 habitantes.

Esta es la cifra que calcula Martín de Moussy (*ob. cit.*, t. II, p. 276).

Faltarían los datos correspondientes al territorio boliviano.

Mitre opinaba que, a fines del siglo XVIII el virreinato tenía una población de 600.000 almas (BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1876, t. I, ps. 47 y 48).

Para la primera década del siglo XIX admite la cifra de 800.000 habitantes (BARTOLOMÉ MITRE, *ob. cit.*, p. 48).

Manuel Moreno estimaba la población del virreinato en 1810 en 1.200.000 almas (MANUEL MORENO, *ob. cit.*, t. II, p. 197).

Con mayor precisión, hemos establecido que el territorio argentino tenía hacia 1801, 310.628 habitantes. Dentro de ese conjunto el 10 % de ese total era de raza negra o mulata (REPÚBLICA ARGENTINA, *Segundo censo*, etc., t. II, p. XLVI; MARTÍN DE MOUSSY, *ob. cit.*, t. II, p. 240). La población negra no tenía en el territorio argentino la misma importancia que en el Brasil o en Cuba.

Diego G. de la Fuente, calculaba que la población de la actual

República Argentina, en el año 1809, debía ascender a 406.000 habitantes (REPÚBLICA ARGENTINA, *Primer censo de la República Argentina verificado en los días 15, 16 y 17 de setiembre de 1869, bajo la dirección de Diego G. de la Fuente*, Buenos Aires, 1872, p. XX).

Don Gabriel Carrasco nos suministra una serie de cómputos para los años posteriores, que sumados al anterior de De la Fuente, y al que puede hacerse sobre la base de las observaciones de Martín de Moussy, permiten confeccionar la siguiente lista:

1801	310.628	habitantes	(de Moussy)
1809	406.000	»	(de la Fuente)
1819	527.000	»	(de la Fuente)
1837	675.000	»	(Woodbine Parish)
1860	1.210.000	»	(Martín de Moussy)
1869	1.830.214	»	(Primer Censo Nacional)
1895	4.044.911	»	(Segundo Censo Nacional)

(Ver REPÚBLICA ARGENTINA, *Segundo censo*, etc., t. II, p. XVIII).

LA POBLACION DE ESPAÑA

La población de España según el censo de Augusto en el año 14 d. C., llegaba a 6.000.000 de habitantes. Es difícil calcular las cifras posteriores hasta el censo de los Reyes Católicos levantado en 1482.

Esta operación estadística permitió establecer que Castilla tenía en 1482, 1.500.000 fuegos. A razón de cinco habitantes por fuego, la población del reino era de 7.500.000 habitantes. Diferentes datos parciales, referentes a Aragón, Vizcaya, Navarra, etc., permiten calcular que toda España llegaba a 1.800.000 fuegos, o sea 9.000.000 de habitantes (MANUEL COLMEIRO, *Historia de la Economía Política de España*, Madrid, 1863, t. I, p. 238, y t. II, p. 9).

La cifra puede ser elevada, según Colmeiro, a 10.000.000 de habitantes, teniendo en cuenta las deficiencias de la operación y la resistencia general de las poblaciones a dar el número de sus vecinos, temiendo que de acuerdo con él se aumentaran las contribuciones.

Desde entonces, hasta el censo levantado por Aranda en 1768, los totales que se calculan para los siglos XVI y XVII y primera mitad del siglo XVIII son inferiores.

El período comprendido entre 1482 y 1768 puede considerarse un intervalo de despoblación. Pero los cómputos conocidos no son uniformes. Por ejemplo, para 1700 Colmeiro estima la población en 8.118.520 habitantes; Zabala y Lera, en 5.700.000; y otros autores llegaban hasta 4.000.000 (MANUEL COLMEIRO, *ob. cit.*, t. II, p. 11; Pío ZABALA Y LERA, *España bajo los Borbones*, Barcelona, 1930, p. 1237; ERNEST LAVISSE ET ALFRED RAMBAUD, *Histoire générale du IV^e. siècle a nos jours*, París, 1895, t. IV, p. 518). Para llegar a conclusiones más seguras habrá de proseguirse la cuidadosa búsqueda que emprendió Tomás González en los archivos españoles.

La repoblación comenzó bajo la dinastía Borbónica, y aún durante la misma guerra de sucesión, según afirma Jovellanos (GASPAR DE JOVELLANOS, *Informe sobre la ley agraria*, en "Obras escogidas de Jovellanos", Garnier Hermanos, París, p. 330).

El censo de Aranda, de 1768, arrojó 9.307.804 habitantes. Se había recuperado el nivel demográfico de los Reyes Católicos; pero la distribución interna de la población no era la misma. En 1482, dentro de una Europa agrícola, España tenía fama de que sus ciudades eran populosas. En 1768, en un mundo que acentuaba la marcha hacia el urbanismo, España carecía de grandes ciudades.

En el siglo XVIII ninguna ciudad española llegaba a contener 200.000 habitantes. Pero las tradiciones de la España medieval supe-

ran muchas veces esta cifra. Dice Colmeiro: "De la ciudad de Toledo escriben algunos que habiendo llegado a contar 80.000 vecinos cuando era cabeza de la monarquía visigoda, conservaba 60.000 en el reinado de Enrique IV, 50.000 en los días de Don Fernando y Doña Isabel, y después cada vez fué a menos, de modo que sólo contaría 6.000 en los tiempos de Carlos II y 2.456 en los de Felipe V" (*ob. cit.*, t. II, p. 7). Debe observarse que Colmeiro calcula cinco habitantes por vecino (*ob. cit.*, t. I, p. 239) de manera que las cifras han de multiplicarse por cinco. "Dicen algunos que se contaban en Córdoba 200.000 casas, 600 mezquitas, 50 hospicios, 80 escuelas públicas y 900 baños para el común" (*ob. cit.*, t. I, p. 169). "Y cuando los reyes católicos asentaron su campo a la vista de la Alhambra, se formaron matrículas de los varones en edad de tomar las armas, y resultó que había en Granada y en sus alrededores, además de las tropas regulares, 20.000 mancebos en aptitud de salir a la defensa de su patria; en todo 60.000 hombres a que responde una población de 480.000 habitantes, restos de la pasada grandeza de los aberra-hamanes" (*ob. cit.*, t. I, p. 176).

Moreau de Jonnes se expresa en términos parecidos (MOREAU DE JONNES, *Estadística de España* (trad. de Pascual Madoz e Ibañez, Barcelona, 1835, p. 57 y ss.).

Mucho habrá que conceder a la imaginación en estas estadísticas medievales; pero de todos modos la tradición ha conservado el recuerdo de una vida urbana floreciente que desapareció luego.

Si Toledo tenía 50.000 vecinos, es decir 250.000 habitantes en tiempos de los Reyes Católicos; y si Granada y sus alrededores, al ser sitiada por esos reyes, en 1491 albergaba 480.000 habitantes, eran sin duda aglomeraciones extraordinarias dentro de la Europa del siglo XV.

Solamente París poseía entonces una población superior a 200 mil almas; y esto hace sospechosas las cifras anotadas precedentemente. Lafuente considera que Granada tenía en 1491, 200.000 habitantes; y que el ejército cristiano que la puso sitio llegaba a 50.000 hombres (MODESTO LAFUENTE, *Ristoria general de España*, Buenos Aires, 1880, p. 3.029).

De todos modos siguen siendo cifras enormes para la época. Adviértase que la población total de España era muy inferior a la de Francia y se comprenderá que la posesión de un crecido número de ciudades, altamente pobladas, como Toledo, Granada, Córdoba, Sevilla, Segovia, Barcelona, Valladolid, etc., absorbía gran porcentaje de la población.

Ranke observa que según el testimonio de Navagero, quien escribió su relato de viaje en el año 1526, el cultivo de las tierras era

deficiente y los caminos atravesaban leguas y leguas de desierto (LEOPOLDO von RAKE, *L'Espagne sous Charles Quint, Philippe II et Philippe III ou Les osmanlis et la monarchie espagnole pendant les XVIIe et XVIIIe siècles*, traduit de l'allemand par J. B. Haiber, París, 1845, p. 417; puede hallarse la misma cita en la selección española de trozos de Ranke, publicada recientemente bajo el título de *Pueblos y Estados en la Historia Moderna*, "Fondo de Cultura Económica", México, 1948, ps. 327 y ss.).

Es decir que la tradición y los viajeros comprueban estas dos cosas, en la España de los siglos XV y XVI: ciudades importantes y campos despoblados.

Durante la edad media, en toda Europa la gran masa de la población era campesina. Dice Pierenne: "Las ciudades contuvieron una minoría, a veces muy pequeña, de la población. Es imposible, ya que carecemos de datos estadísticos anteriores al siglo XV, proporcionar alguna precisión. Sin embargo, talvez no se apartará mucho de la verdad el suponer que, en el conjunto de Europa, la población urbana, desde el siglo XII hasta el XV, nunca fué muy superior a la décima parte del total de los habitantes. Sólo en unas cuantas regiones, como en los Países Bajos, la Lombardia o la Toscana esta proporción fué muy superior" (HENRI PIRENNE, *Historia Económica y Social de la Edad Media*, versión española de Salvador Echarvarría, México, 1941, p. 47).

El mismo autor observa que el aumento de la población urbana fué continuo hasta principios del siglo XIV, como lo prueba la ampliación constante de las murallas municipales; pero que en ese momento se detuvo hasta proseguir su marcha ascendente a principios del siglo XVI (*ob. cit.*, p. 169 y ss.).

En el primer período, que termina a comienzos del siglo XIV, debemos distinguir dos tipos de ciudades: las grandes ciudades antiguas que decaen, como Roma y Constantinopla; y las nuevas ciudades que florecen como París y Venecia.

París que en los tiempos de Felipe el Hermoso, tenía 240.000 almas contaba en 1328, 14 años después de la muerte de este monarca con 61.098 fuegos, o sea 244.000 habitantes, a razón de cuatro por fuego según Levasseur (E. LEVASSEUR, *La population française*, París, 1889, t. I p. 154 y 170 nota 2). En ese entonces la población de Francia se calculaba entre 20 y 22.000.000 de habitantes (E. LEVASSEUR, *ob. cit.*, t. I, p. 168). La peste, la guerra de los cien años y las guerras de religión causaron estragos, y París tenía en 1596 posiblemente 230.000 habitantes (E. LEVASSEUR, *Les populations urbaines en France comparées a celles de l'étranger*, París, 1887 p. 24).

La población de Francia se calculaba en 3.500.000 familias en 1581 (E. LEVASSEUR, *La population française*, t. I, p. 191, nota 2).

Conviene observar que, dentro de la variable e hipotética proporción que corresponde al término familia, o fuego, etc. Levasseur utiliza en este caso el múltiplo cuatro, que dá un total, de 14.000.000 de habitantes para la población de Francia en 1581.

Las ciudades italianas no llegaban a la altura de París, a principios del siglo XIV. Florencia en 1339 tenía 90.000 almas (HENRI PIRENNE, *ob. cit.*, p. 244 nota 3). Venecia en 1422 llegaba a 190.000 habitantes (CÉSAR CANTU, *Historia Universal*, trad. española, aprobada por el autor, Paris, 1869, t. IV p. 512; J. BURCKHARDT, *La cultura del renacimiento en Italia*, Madrid, 1941, p. 52). Amalfi en la época de su florecimiento encerraba 50.000 almas (FEDERICO LIST, *Economía Nacional*, trad. de Manuel Sánchez Sarto, México, 1942, p. 52). Esto explica el asombro de Marco Polo, cuando a fines del siglo XIII visitó en China ciudades más populosas que cualquiera de las europeas. Las cifras que suministra para Quinsai (Hang cheu), nos autorizan a suponer que tenía alrededor de 800.000 almas.

La antigüedad había conocido aglomeraciones más importantes. Cálculos moderados estiman la población de Roma bajo Augusto muy cerca del millón; y en el siglo II de nuestra era, "la Ciudad, además de los cincuenta mil ciudadanos, libertos y esclavos repartidos en un millar de domus, poseía, diseminada en los departamentos de sus 46.602 inmuebles de renta, una población que ha debido oscilar entre 1.165.050 y 1.667.672 almas". (JÉRÔME CARCOPINO, *La vida cotidiana en Roma*, versión española de Ricardo A. Caminos, Buenos Aires, 1942 ps. 40 y 42).

Durante la edad media Roma había descendido a la categoría de una modestísima ciudad. Luego renació aunque su importancia siguió siendo inferior a la de París o Venecia. Una gran parte de su población era flotante, constituída por peregrinos y forasteros. En 1600 tenía 109.729 habitantes y 20.019 familias (LEOPOLDO VON RANKE, *Historia de los Papas*, trad. de Eugenio Imaz, México, 1943, p. 641).

Constantinopla había decaído a lo largo de la edad media. En 1453, encerraba 180.000 almas (ERNEST LAVISSE ET ALFRED RAMBAU, *ob. cit.*, t. III, p. 850).

Bien se ve que si Toledo hubiera tenido 50.000 vecinos (250.000 habitantes) en tiempos de los Reyes Católicos; y Granada hubiera llegado a 200.000 habitantes al caer en poder de estos reyes, la importancia de las ciudades españolas era extraordinaria, por lo menos equivalente a la de París, Constantinopla o Venecia. Pero, además,

aunque observáramos con discreción estas cifras, no dejará de admirarnos que ellas se refieran a algunas de las ciudades españolas, detrás de las cuales se advierten otras aglomeraciones importantes. Por ejemplo, las de todas las ciudades que trabajaban en la industria lanera, como Sevilla, Segovia, Salamanca, Zamora, Soria, Cuenca, etc.; o en el comercio de paños, como Burgos.

En Suiza, y en gran parte de Alemania las ciudades eran pequeñas. En los Países Bajos tenían mayor importancia, aunque sin llegar a las grandes cifras de París, Venecia o Constantinopla. En 1412, Ypres tenía 10.736 habitantes; en 1440, Francfort 8.719; en 1444, Friburgo, 5.200; en 1450, Lovaina, 25.000 y Bruselas 40.000; en 1475, Estrasburgo, 26.198 (HENRI PIRENNE, *ob. cit.*, p. 168; T. F. TOUT, *Alemania y el Imperio* en UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, *Historia del mundo en la edad moderna*, trad. española, Buenos Aires, t. I, p. 488; OTTO NEURATH y HEINRICH SIEVEKING, *Historia de la economía*, trad. de Manuel Sánchez Sarto, Barcelona, 1926, p. 216).

En el siglo XVI con la transformación económica, se trastornó el cuadro general y creció la población urbana, especialmente en los Países Bajos y en Inglaterra.

Desde la edad media eran las ciudades flamencas importantes centros; y se calcula que Brujas tenía entre 80 y 100.000 habitantes durante el siglo XIV (ERNEST LAVISSE ET ALFRED RAMBAUD, *ob. cit.*, t. III p. 443). Lovaina en sus mejores tiempos no llegó a contener 100.000 individuos (A. W. WARD, *Los Países Bajos* en UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, *ob. cit.*, t. II p. 149). Ya en la segunda mitad del siglo XVI era Amberes el centro comercial más importante del continente y alcanzó a tener 150.000 habitantes; mas a comienzo del siglo XVII, y a raíz de la decadencia provocada por la guerra con España, su población había descendido a la mitad aproximadamente (LEOPOLDO, RANKE, *L'Espagne sous Charles Quint*, etc., p. 468). Entonces comenzó a crecer Amsterdam que en 1610 tenía unos 50.000 habitantes según Contarini (LEOPOLDO RANKE, *ob. cit.*, p. 472, ver también la versión española ps. 343 y 345).

Por ese entonces, Londres comenzó a disputar el primer puesto a la ciudad del Sena. Bajo el reinado de Isabel se calcula que llegó a contar con 250.000 habitantes (WERNER SOMBART, *Lujo y Capitalismo*, trad. española de Luis Isábal, Madrid, 1928, p. 44). Macaulay, dice que la city de Londres tenía 300.000 habitantes hacia 1642; y otros dan cifras mayores (MACAULAY, *Vidas de políticos ingleses*, trad. de M. Juderías Bénder, Madrid, 1885, p. 74 —Vida de John Hampden, cap. XLIV—; G. W. PROTHERO y E. M. LLOYD, *La primera guerra civil* (1624-7), en UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE,

ob. cit., t. VII, p. 580). Sombart calcula que en 1700 la población de Londres llegaba a 674.350 habitantes; y Levasseur indica que en esa fecha toda Inglaterra contenía 5.400.000 almas (WERNER SOMBART, ob. cit., p. 45; E. LEVASSEUR, ob. cit., t. III, p. 244). La capital inglesa había pasado francamente al primer puesto, aunque la población de la isla era muy inferior a la del reino francés. La España de los Austrias, empobrecida y despoblada, mantenía, aunque en menor proporción, cierto esplendor urbano. Dice Sombart que Madrid era la tercera, y acaso la segunda gran ciudad de Europa, durante el siglo XVII, con 400.000 habitantes (WERNER SOMBART, ob. cit., p. 53).

Este último autor, utilizando datos de F. Belloch nos suministra las siguientes noticias: Florencia tenía 60.000 habitantes en 1530; Amberes, 104.972, en 1560; Venecia, 168.627 en 1563; y 195.863 en 1575-77; París, 180.000 en 1594; Palermo, 100.000 en 1600; Amsterdam, 104.961 en 1622; Lisboa, 110.800 en 1629; Sevilla, 100.000 a fines del siglo XVI; Nápoles, 240.000 en el siglo XVI; Milán, 200.000 en el siglo XVI (WERNER SOMBART, ob. cit., p. 44).

Este muestrario de datos, generalmente imprecisos y contradictorios, requiere un examen crítico detenido, para llegar a conclusiones científicas; pero basta, provisoriamente, para observar que las ciudades españolas del siglo XV parecían tener una importancia extraordinaria, dentro de la Europa de entonces.

Los historiadores del futuro deberán estudiar detenidamente la situación demográfica de cada país, en el momento en que se desarrollan los acontecimientos relatados. Sólo así podrá establecerse la verdadera magnitud de los hombres y de los sucesos.

A partir del censo de Aranda, en 1768, las cifras van ganando precisión. Se rectifican muchos parciales, especialmente el que se refiere al número de hidalgos, que era muy exagerado en los cómputos anteriores, y que se va reduciendo en los siguientes, a pesar del aumento general de la población que se registra en ellos.

En 1768, para una población de 9.307.804 había un crecido número de hidalgos: 722.974 (un hidalgo cada 13 personas aproximadamente). El censo de Floridablanca en 1787 daba para una población de 10.409.879, un total de 480.589 hidalgos (*Censo Español ejecutado de orden del Rey comunicada por el excelentísimo señor Conde de Floridablanca, primer secretario del Estado y del despacho en el año 1787*, en la imprenta Real).

Los hidalgos estaban exentos de contribuciones o pechos, y no se contaban entre los vecinos pecheros. Otro tanto ocurría con los

clérigos; y naturalmente con los vagabundos, etc. Estas tres clases eran muy numerosas en España.

El censo de Carlos IV en 1797 arrojó un total de 10.541.221 con 402.059 nobles. Se observó en él un aumento de la clase industrial o urbana, que se explicaba en la siguiente forma: "La baja e considerable de la clase agricultora, y el alza de la de industria, debe atribuirse a haberse contado en el año de 1787 como labradores a muchos individuos que se ocupan en las faenas del campo dos o tres meses, y los restantes en las artes, por cuya consideración se han comprendido ahora en esta clase" (*Censo de la población de España de el año 1797 executado de orden del Rey*, publicado en el año de 1801).

El censo de frutos y manufacturas de España, levantado en 1799 y publicado en 1803 dispuesto por la Secretaría de la balanza mercantil, arrojó un total de 10.351.075 habitantes (I. de ANTILLON, *Elementos de geografía astronómica, natural y política de España y Portugal*, Madrid, 1808, p. 123).

Sebastián de Miñano reunió muchos informes acerca de la estadística de España, que sirvieron de base a su Diccionario, y luego con ayuda de los padrones de la policía rectificó algunas cifras (SEBASTIAN DE MIÑANO, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, Madrid, 1826-1829, 11 tomos, véanse las introducciones a los tomos I y XI). Calcula la población total de España en 13.698.029; y suministra las cifras referentes a las ciudades que no aparecían en las publicaciones de los censos anteriores y que es difícil encontrar en el Diccionario posterior de Pascual Madoz.

Según las cifras aceptadas por Adolfo Posada, la población total en 1826 era de 13.562.000 habitantes, correspondiendo a la población urbana 2.552.000 o sea el 18.81 % (ADOLFO POSADA, *El régimen municipal de la Ciudad Moderna*, Madrid, 1927, p. 74).

A pesar de que la población general había aumentado mucho y de que la población urbana venía engrosando visiblemente, desde el censo de 1787, como se explica por las características del movimiento demográfico durante la edad contemporánea, las cifras no arrojan un aumento visible con relación a las del siglo XVI.

En 1594 se calcula que Castilla tenía 6.701.600 almas (COLMEIRO, *ob. cit.*, t. II p. 9), y todo el reino 8.206.057. En ese entonces Colmeiro calculaba que las 10 ciudades siguientes tenían esta población en vecinos pecheros:

Burgos	2.665
Valladolid	8.112
Medina del Campo	2.760
Toledo	10.933
Segovia	5.548
Murcia	3.370
Sevilla	18.000
Cádiz612
Córdoba	6.257
Coruña	451
Total	58.708

La clase pechera de estas diez ciudades llegaba a 293.540 habitantes. Es imposible calcular el número de las personas exentas de pechos.

Miñano da las siguientes cifras para la población de esas ciudades hacia 1825 (indico por medio de una (a) los guarismos que proceden de las rectificaciones insertas en el apéndice, t. XI):

	<i>Vecinos</i>	<i>Habitantes</i>
Burgos	2.638	12.007
Valladolid	5.108	20.960
Medina del Campo	800	3.000
Toledo	3.762	14.950
Segovia	2.800	12.879
Murcia	10.431	35.590
Sevilla	26.206	91.360
Cádiz	10.605 (a)	53.496
Córdoba	11.672	56.957 (a)
Coruña	4.896	22.507 (a)
Total	78.918	323.506

El término medio de habitantes por vecino en esta lista es de 4,9 %. El número de los primeros no se reduce a los de la clase pechera; y aunque es más elevado que el de 1594, la diferencia no alcanza a ser la que hubiera correspondido, teniendo en cuenta el aumento de la población general, el de las clases comprendidas en la lista de vecinos, y la tendencia urbanista manifestada desde 1794.

Publico a continuación una lista de ciudades, tomada de la obra de Miñano, que permite conocer con relativa exactitud el número de habitantes de los principales centros españoles hacia 1825:

Madrid	201.344	Baeza	14.265
Barcelona	120.032	Toledo	14.950
Sevilla	91.360	Salamanca	13.918
Granada	80.000	Ferrol	13.384
Valencia	65.840	Segovia	12.879
Córdoba	56.957	Badajoz	12.688
Cádiz	53.496	Lérida	12.610
Málaga	51.889	Burgos	12.007
Zaragoza	43.433	Victoria	12.000
Lorca	40.366	Tarragona	11.074
Murcia	35.390	Palencia	10.813
Jerez de la Frontera	31.064	Oviedo	10.476
Cartagena	29.549	Bejar	10.422
Santiago de Compostela	28.043	Zamora	9.898
Orihuela	25.551	San Sebastián	9.720
Alicante	25.243	Ciudad Real	9.680
Coruña	22.507	Jerez de los Caballeros	9.362
Valladolid	20.960	Huesca	9.200
Elche	19.091	Cuenca	8.672
Santander	18.713	Logroño	8.210
Jaen	18.702	Tudela	8.150
Algeciras	15.829	Huelva	7.882
Bilbao	15.000	Talavera	7.596
Pamplona	15.000	Haro	7.500
Guadalajara	6.736	Mérida	4.890
Gijón	6.260	Carrión de los Condes	4.112
Vigo	5.688	Astorga	3.972
Alcalá de Henares	5.600	Borja	3.701
Brihuega	5.580	Nájera	3.549
León	5.500	Tordesillas	3.226
Soria	5.413	Jaca	3.012
Aranjuez	5.245	Medina del Campo	3.000
Ocaña	5.013	Benavente	2.785
Avila	4.976	Simacas	1.173

LA POBLACION DE BUENOS AIRES EN 1810

En abril y en agosto de 1810 se levantaron censos de la ciudad de Buenos Aires. El primero fué ordenado por el virrey Cisneros; y el segundo por la Primera Junta. Pero sus padrones no se conservan de una manera perfecta, de modo que sólo tenemos resultados parciales.

En 1806 y 1807, con motivo de las invasiones inglesas y de los preparativos para la defensa contra un nuevo ataque, se confeccionó otro padrón, que también se conserva mutilado, cuyos informes permiten completar, en parte, los datos referentes a 1810.

Además existen cómputos privados, cálculos hechos por oficiales ingleses como Popham o Gillespie; o por oficiales españoles y criollos como Doblas, Liniers etc. En las actas del Cabildo, en el informe de Cisneros de 22 de junio de 1810, etc., existen afirmaciones referentes al número de habitantes de Buenos Aires.

Los historiadores se han basado en estos datos, discordantes, para aceptar las distintas cifras que consignan en sus escritos. Voy a referirme a ellas, y si adopto otra, no creo discrepar con las opiniones más autorizadas, porque estas últimas se refieren a la población de los veinte barrios, calculada sobre las constancias descubiertas hasta la fecha. Mi cifra en cambio abarca la población de los suburbios, que se tuvo en cuenta al confeccionar el censo de Vertiz, comprensivo de la ciudad y su éjido. Este éjido formaba parte de la gran Buenos Aires de entonces por la estrecha comunicación diaria que existía entre el casco urbano y el barrio de las quintas, cuyos límites ha sobrepasado hoy la edificación compacta de la capital.

Don Manuel Ricardo Trelles nos suministra el primer estudio documentado sobre la población de Buenos Aires. Se fundaba en los datos parciales del censo de 1810. Faltaban entonces los correspondientes a los barrios 3, 7, 9, 13, 16, y 19 y a varias manzanas del barrio n° 1. El total de los barrios de la ciudad llegaba a 20 y las cifras poseídas sumaban 28.258 habitantes (MANUEL RICARDO TRELLES, *Registro estadístico (1854-1888)*, año 1859, t. II, ps. 46 y 89). Trelles calcula un total de 45.000 almas.

Mitre aceptó la misma cifra de 45.000 habitantes, para 1806 (BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1876, t. I, p. 151).

Popham había indicado que la población de Buenos Aires era de 70.000 habitantes en 1806, y Funes había seguido este rumbo

(GREGORIO FUNES, *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*, 2ª edición, Buenos Aires, 1856, t. II, p. 327.

Doblas en su proyecto para la defensa de la ciudad calculaba de 60 á 70.000 habitantes en 1806 (GONZALO DE DOBLAS, *Reflexiones sobre las circunstancias críticas en que se halla actualmente esta ciudad de Buenos Aires, bloqueada y amenazada de invasión por los ingleses, y se proponen algunos medios que pueden ser oportunos para su defensa*, en "La Revista de Buenos Aires", reimpresión por la Biblioteca Americana, t. XVI, p. 139).

López aceptó las cifras más elevadas de Popham y de Doblas y sostuvo que la ciudad tenía 65 ó 70.000 habitantes en esa época. A raíz de esto se produjo su polémica con Mitre (VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Debate Histórico*, en "Biblioteca Argentina", direc. Ricardo Rojas, Buenos Aires, 1916, t. I, p. 155; BARTOLOMÉ MITRE, *Comprobaciones históricas*, en "Biblioteca Argentina", direc. Ricardo Rojas, Buenos Aires, 1916, primera parte, p. 47 y ss.).

Otro observador inglés, Alejandro Gillespie, había seguido un rumbo opuesto al de Popham, estimando la población de Buenos Aires en 1806 en 40.000 habitantes, cifra moderada que coincidía con el cálculo de Azara para 1797 (ALEJANDRO GILLESPIE, *Buenos Aires y el interior*, traducción de Carlos A. Aldao, edición de "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1921, p. 50).

Pero tres opiniones emitidas por las autoridades españolas, en esa época, afirmaban coincidentemente que Buenos Aires tenía en 1806-1810 una población de 60.000 almas. (Pueden verse: la opinión de Liniers en FRANCISCO SEGUÍ, *Los últimos cuatro años de la dominación española en el antiguo virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1874, p. 199, donde el futuro virrey comenta el parte de Popham; la opinión del Cabildo en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1927, série IV, tomo III, p. 255, acuerdo del 5 de octubre de 1808; y la opinión de Cisneros, en BARTOLOMÉ MITRE, *ob. cit.*, t. I, p. 595, Informe del Virrey Cisneros de fecha 22 de junio de 1810.

Mariano Moreno opinaba también que la población ascendía a 60.000 almas en 1806 (MARIANO MORENO, *Escritos políticos y económicos*, ordenados y con un prólogo por Norberto Piñero, edición de "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1915, p. 77, en "Memorias sobre la invasión de Buenos Aires por las armas inglesas").

Manuel Moreno afirmaba que el censo levantado en agosto de 1810 demostró que la ciudad tenía 55.000 habitantes y 10.000 más en sus suburbios. Total 65.000 (MANUEL MORENO, *Vida y memorias del Dr. Mariano Moreno*, en MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *Memorias y autobiografías*, Buenos Aires, 1910, t. II, p. 196).

La cifra de López concuerda con Manuel Moreno (65.000 habitantes); y con Popham (70.000 almas); confirmados ambos por Doblas (entre 60 y 70.000 habitantes).

Es importante advertir que el Cabildo, en 1808, debía conocer los resultados del padrón de 1806-1807; y que Cisneros en junio de 1810 debía conocer los resultados del padrón levantado en abril de 1810. Esto da particular importancia a su cálculo de 60.000 almas. La coincidencia con las opiniones de Liniers y de Mariano Moreno; y los datos más exagerados aún que suministran Doblas y Manuel Moreno, permitirían robustecer el cálculo de que la población se acercaba a 60.000 almas.

Esta debía ser la voz corriente, aunque posiblemente no se trataba más que de una cifra redonda, representativa de otra menor, de 50.000 y fracción; pero que jamás podría ser inferior a 50.000, porque entonces la cifra se hubiera redondeado utilizando la quinta decena.

Las constancias incompletas de los padrones indicaban, empero, un resultado más modesto.

Alberto B. Martínez encontró en el Archivo Nacional algunos padrones correspondientes al censo de 1806. En su opinión, los datos confirmaban la cifra de Trelles y de Mitre para 1806. En cambio los registros parroquiales indicaban a su juicio que la población había crecido en 1810 y hasta que era posible llegar a la cifra de Moreno. (ALBERTO B. MARTÍNEZ, *Historia demográfica de Buenos Aires*, colaboración publicada en "Censo General de la Ciudad de Buenos Aires", 1910, Buenos Aires, 1910, t. III, p. 280).

Groussac, fundándose en el catastro de Witelocke, y calculando sobre el número probable de casas existentes, atribuye al recinto de la ciudad 37.800 habitantes, y unos 5.000 a los suburbios (PAUL GROUSSAC, *Santiago Liniers*, Buenos Aires, 1907, p. 33).

El total de Groussac asciende a unos 43.800 habitantes, cifra menor que la calculada por Trelles. Conviene advertir que los 45.000 habitantes del cómputo de Trelles correspondían al caso urbano exclusivamente, sin contar los suburbios. En efecto, los 20 cuarteles de la ciudad, o barrios, abarcaban a la ciudad propiamente dicha y a las primeras quintas; pero casi todo el barrio de las quintas quedaba fuera de su trazado, como puede advertirse comparando el plano de los 20 cuarteles publicado por don Manuel Ricardo Trelles y luego, por don Carlos María Morales, con el plano de Buenos Aires en 1807 tomado del que levantó en 1805 el ingeniero Gianini, publicado por Groussac (MANUEL RICARDO TRELLES, *ob. cit.*, 1859, t. I, plano n° 5. CARLOS MARÍA MORALES, *Estudio topográfico y edificio de la ciudad de Buenos Aires*, colaboración en "Censo General de la

Ciudad de Buenos Aires, 1910", Buenos Aires, 1910, t. III, p. 504; PAUL GROUSSAC, *ob. cit.*, plano anexo al final de la obra).

Estos suburbios tenían una población importante. Manuel Moreno les atribuye 10.000 habitantes en 1810, es decir una cantidad equivalente al 18,18 % de la que vivía en el recinto urbano propiamente dicho. Si la proporción fuera exacta, reduciendo el número de habitantes del recinto urbano a la cantidad de 45.000, calculada por Trelles, debían residir en los suburbios 8.181 personas, lo que arroja un total de 53.181 para toda la ciudad (incluyendo los suburbios).

El padrón del éjido de Buenos Aires en 1768, publicado por Trelles, revela que ya en esa fecha el éjido tenía una población crecida (MANUEL RICARDO TRELLES, *ob. cit.*, año 1858, t. I., p. 6).

El censo de 1778 comprendía a la ciudad y su éjido, de manera que corresponde seguir el mismo criterio para 1810. La división en 20 barrios se hizo en 1794 y el padrón correspondiente a los mismos no basta para suministrar la cifra concerniente al territorio considerado en 1778.

El resultado del censo de 1778 fué el siguiente: 24.205 en la ciudad y su éjido y 18.674 en la campaña (FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *Documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, 1919, t. XII, p. 120 bis).

Las actas capitulares siguen documentando la aparición de nuevos poseedores de tierras en el éjido, hasta 1810.

El doctor Emilio Ravignani hizo nuevos hallazgos atinentes al padrón de 1810; y completó los datos con los referentes a los cuarteles 3, 7 y 9, de 1806-1807, sin alterar las cifras por haber encontrado pocos cambios en los otros barrios. Sólo faltan datos para el cuartel 16, y su población conjetural se calcula en 2.500 habitantes, fundándose en la densidad de población de los cuarteles circunvecinos. El total asciende a 41.642 (EMILIO RAVIGNANI, *Crecimiento de la población de Buenos Aires y su rumpaña (1726-1810)*, en el tomo I de los "Anales de la Facultad de Ciencias económicas"). José Torre Revello admite esta cifra (JOSÉ TORRE REVELLO, *Sociedad colonial. Las clases sociales. La ciudad y la campaña*, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, director Ricardo Levene, Buenos Aires, 1940, vol. IV, primera sección, p. 361).

Los resultados insertos en el tomo XII de documentos, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras son los siguientes, con referencia al padrón de 1810 (agosto): cuatro manzanas del cuartel n° 1, 578; cuartel n° 2, 2280; cuartel n° 4, 2242; cuartel n° 5, 4237; cuartel n° 6, 2519; cuartel n° 8, 3302; cuartel n° 976; cuartel n° 11, 1313; cuartel n° 12, 2033; cuartel n° 13, 2738; cuartel n° 14, 2517; cuartel n° 15, 1927; cuartel n° 17, 2064; cuartel n° 18, 1861; cuar-

tel n° 20, 1965. Total 32552 (FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *ob. cit.*, t. XII, p. 357, 359, 361, 363, 365, 367, 368, 371, 373, 375, 377, 379, 381, 382, y 389).

En abril de ese año se habían encontrado en el cuartel 19 unos 146 individuos que debían tomar las armas por no hallarse aun alistados. Había además varias manzanas en las que todos los varones de 18 a 45 años estaban alistados.

En el padrón levantado en los años 1806-1807, figuran los siguientes cuarteles que no se encuentran en el censo de 1810: cuartel n° 3, 1431; cuartel n° 7, 2585; cuartel n° 9, 2428; cuartel n° 19, 1396. Total 7848 (FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *ob. cit.*, ps. 336, 345, 347 y 355).

Faltarían los datos correspondientes al cuartel 16 y a varias manzanas del cuartel n° 1. Los que poseemos del año 1810 suman 32.552; sus complementarios del año 1806-1807 suman 7.840. El total de los datos conocidos ascienden a 40.392 individuos. Ravignani ha calculado que el cuartel n° 16 tenía 2.500 habitantes. El total general, siempre incompleto, pues faltarían los datos referentes a varias manzanas del cuartel n° 1 sería pues de 42.892 almas. En síntesis, 43.000 almas en cifras redondas dentro del recinto urbano propiamente dicho.

Como puede atribuirse a los suburbios una población equivalente al 18,18 % de la de la ciudad, tendríamos para el barrio de las quintas 7.817 habitantes, que sumados a los 43.000 anteriores serían un total de 50.817.

Estas cifras, calculadas sobre la base del censo levantado en agosto de 1810, y de su antecedente levantado en el año 1806, deben ser inferiores a las que correspondían a Buenos Aires en mayo de 1810.

En efecto, producida la revolución, hubo dos razones para que se sintiera una inmediata disminución del número de habitantes: 1°) la emigración de españoles a Montevideo; 2°) el envío de una expedición militar a las provincias del interior. En agosto de 1810 ambos fenómenos acababan de producirse.

Por lo tanto, la población había disminuído con relación a la cifra normal que debió registrarse en abril del mismo año.

A su vez, las cifras correspondientes a los años 1806 y 1807 eran inferiores a las de 1810; y al llenar los claros del padrón de 1810 con los datos de 1806, nos colocamos por debajo de la realidad.

En el acuerdo del Cabildo del 18 de enero de 1810 dijo el doctor Leiva que se oponía al pedido de los empresarios del teatro para que los libertaran de pagar la contribución de \$ 40 por noche, fundando su oposición "muy especialmente por la notable diferen-

cia de aumento que se advierte en la población desde el año de ochocientos seis en que cesaron las comedias”.

Este aumento de población se explica, no sólo por el natural y vegetativo, sino también porque las franquicias para el comercio inglés, que desde la primera invasión venía efectuándose en gran escala, debían repercutir en el florecimiento del mercado; y porque el mantenimiento de numerosos hombres bajo las armas, a partir de 1806, y la característica de estar a sueldo la mayoría de los milicianos tenía el doble efecto de aumentar la capacidad de consumo de la población, y de fomentar la entrada de artesanos, venidos de afuera para llenar el vacío dejado por los que estaban en el cuartel.

Todas estas razones explican los coeficientes de natalidad y mortalidad observados por Alberto B. Martínez; y las cifras redondas que nos suministran Liniers, Cisneros, Doblás, Mariano Moreno y el Cabildo, en sus cómputos globales. Existía una población superior a 50.000 almas y esta era la impresión general de los vecinos.

POBLACION DE POTOSI

Las minas de Potosí fueron descubiertas en el año 1545, y atrajeron rápidamente a los aventureros vecinos. Los forasteros siguieron acudiendo en tropel, y la ciudad aumentó su población de una manera asombrosa. La decadencia de las minas, mal trabajadas, la disminución de los indios mitayos, las luchas intestinas de la ciudad y la peste detuvieron su esplendor. En 1622 llegó a un punto crítico la guerra civil; en 1626 se produjo la inundación de la laguna Cari-Cari, en 1623 comenzó a decaer el arrendamiento del teatro de la comedia; las rentas del hospital siguieron el mismo curso descendente; y la peste de 1719 coronó estas desgracias, que habían sido anunciadas un siglo antes por el cometa infausto que apareció en el año de 1618. (Véase BARTOLOMÉ MARTÍNEZ Y VELA, *Del estado político y civil de la villa de Potosí durante el gobierno de los corregidores en Revista de Buenos Aires*, t. VIII, ps. 53 y 323 (reimpresión).

López de Velasco refiriéndose a la población, antes de 1573 (escribió entre 1571 y 1574), calculaba unas 400 casas de españoles y de 30 hasta 50.000 indios de ordinario. No menciona a los negros que eran 6.000 en 1611, ni aclara si las 400 casas de españoles "casi todos mercederos, tratantes y mineros, y los más, yentes y viniertes" incluyen a los peninsulares y a los criollos, vecinos y forasteros. (JUAN LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía y descripción universal de las Indias*, Madrid, 1894, p. 502).

El virrey Toledo en su visita del año 1573 estimó la población en 150.000 almas (ROBERTO LEVILLIER, *Gobernantes del Perú-Cartas y papeles, siglo XVI*, Madrid, 1924, t. V p. 182 y 183; otros datos en t. V ps. 89, 90, 91, 116 y 433 y t. VI ps. 10, 25, etc.).

En 1603 se calculaba una población de 60.000 indios (MINISTERIO DE FOMENTO DEL PERÚ, *Relaciones geográficas de Indias*, Madrid, 1881, t. III p. 122).

Bartolomé Martínez y Vela cita el censo levantado en el año 1611, que arrojó un total de 160.000 habitantes, con los siguientes parciales: indios, 66.000, forasteros, 40.000, españoles nacidos en Potosí, 3.000; españoles criollos de otros reinos, 35.000 y negros, mulatos y zambos, 6.000 (BARTOLOMÉ MARTÍNEZ Y VELA, *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, en VICENTE DE VALLIVIAN Y ROXAS, *Archivo Boliviano-Colección de documentos relativos a la historia de Bolivia durante la época colonial*, París, 1872, t. I p. 337).

Vallivian observa que la suma de los parciales suministrados por Martínez y Vela, arroja 150.000 almas solamente.

Groussac acepta la cifra dada por Ballivian (PAUL GROUSSAC, *Mendoza y Garay*, Buenos Aires, 1916, p. 256).

Concolorcovo anotó que la ciudad contenía 12.000 indios hacia 1771 (CONCOLORCOVO, *ob. cit.*, p. 205).

Manuel Moreno atribuye a Potosí, hacia 1810, una población de 26.000 almas (MANUEL MORENO, *ob. cit.*, t. II p. 57).

Vicente G. Quesada suministra estas cifras para la historia de la población de Potosí:

1573: 120.000 habitantes; 1611: 114.000 hab.; 1650: 160.000 hab.; 1825: 8.000 hab. (VICENTE G. QUESADA, *Crónicas Potosinas*, París, 1890, ps. 48 y 49 y 55 y ss.).

Pueden verse otros datos en JOSÉ TORRE REVELLO, *Un resumen aproximado de los habitantes del virreinato del Perú en la segunda mitad del siglo XVI en Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, t. 8 p. 1574).

ENRIQUE C. CORBELLINI

BIBLIOGRAFIA

DOCUMENTOS

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del Gobierno de Buenos Aires*. INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires: legajos n° 128 a 142 (copias de documentos existentes en el Archivo General de Indias).

PUBLICACIONES

- ALVAREZ, JUAN, *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República*, Buenos Aires, 1936.
- ANTILLON, I. DE, *Elementos de geografía astronómica, natural y política de España y Portugal*, 3ª edición, Madrid, 1824.
- ARCINIEGAS, GERMÁN, *Este pueblo de América*, México, 1945.
- ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, serie IV, t. II, III y IV, Buenos Aires, 1926, 1927.
- AVILES, MARQUÉS DE, *Memoria del Virrey Aviles*, publicada en ANTONIO ZINNY, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, edición "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1920, t. I, p. 61 y ss.
- AZARA, FÉLIX DE, *Viajes por la América Meridional*, Madrid, 1934.
- AZAR, SEVERINO, *Despoblación y colonización*, Barcelona, 1930.
- BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO, *Síntesis de historia de España*, Barcelona, 1936.
- BECKER y GONZÁLEZ, JERÓNIMO, *El Perú*, en UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, *Historia del mundo en la Edad Moderna*, edición española dirigida por Eduardo Ibarra y Rodríguez, Buenos Aires, 1913, t. XXV, p. 447 y ss., 501 y ss. y 547 y ss.
- BELGRANO, MANUEL, *Autobiografía*, en MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *Memorias y Autobiografías*, Buenos Aires, 1910.
- BELGRANO, MANUEL, *Fragmento de memoria sobre la batalla de Tucumán (1912)*, en MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *Memorias y Autobiografías*, Buenos Aires, 1910.
- BELGRANO, MANUEL, *Memoria sobre la expedición al Paraguay, 1810-1811*, en MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *Memorias y Autobiografías*, Buenos Aires, 1910.
- BEVERINA, JUAN, *El virreinato de las Provincias del Río de la Plata, Su organización militar*, Buenos Aires, 1935.
- BIEDMA, JOSÉ JUAN *Atlas histórico de la República Argentina*, Buenos Aires, 1909.
- BURCKHARDT, JACOBO, *La cultura del renacimiento en Italia*, traducción del alemán por José Antonio Rubio, Madrid, 1941.
- CAILLET-BOIS, RICARDO R., *El Río de la Plata y la Revolución Francesa, 1789-1800* en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1941, volumen V, primera parte.
- CALMON, PEDRO, *Historia de la civilización brasileña*, traducción de Julio E. Payró, Buenos Aires, 1937.

- CANTER, JUAN, *Las sociedades secretas y literarias en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1941, vol. V, 1ª parte.
- CANTU, CÉSAR, *Historia Universal*, traducción española aprobada por el autor, París, 1869.
- CAROPINO, JEROME, *La vida cotidiana en Roma*, versión española de Ricardo A. Caminos, Buenos Aires, 1942.
- CARR-SAUNDERS, A. M., *Población Mundial*, México, 1939.
- Censo de la Población de España de el año 1797*. Executado de orden del Rey, publicado en el año 1801.
- Censo Español*. Executado de orden del Rey comunicada por el excelentísimo señor Conde de Floridablanca, primer secretario del Estado y del despacho en el año 1787, en la imprenta real.
- COLMEIRO, MANUEL, *Historia de la economía política en España*, Madrid, 1863.
- CONCOLOROVO, *El lazarillo de ciegos caminantes, desde Buenos Aires hasta Lima 1773*, "Ediciones Argentinas Solar", Buenos Aires, 1942.
- CORBELLINI, ENRIQUE C., *Interpretación de la historia española en "Revista de la Argentina"*, t. 53, sec. doc., p. 82 y ss.
- CORBELLINI, ENRIQUE C., *El nacimiento de la Argentina: las cinco rutas urbanas*, en "La Nación" del 26 de julio de 1939.
- CORONADO, JUAN, *Invasiones inglesas al Río de la Plata*, Buenos Aires, 1870.
- COXE, GUILLERMO, *España bajo el reinado de la casa de Borbón*, traducción española de Jacinto de Salas y Quiroga, Madrid, 1847.
- Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, Barcelona, 1912.
- DOBLAS, GONZALO DE, *Reflexiones sobre las circunstancias críticas en que se halla actualmente esta ciudad de Buenos Aires, bloqueada y amenazada de invasión por los ingleses, y se proponen algunos medios que pueden ser oportunos para su defensa*, en "La Revista de Buenos Aires", reimpresión, t. XVI.
- ECHVERRÍA, L. MARTÍN, *Geografía de España*, Barcelona, 1928.
- FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, *Documentos relativos a los antecedentes de la independencia de la República Argentina*, Buenos Aires, 1912.
- — *Documentos para la historia argentina*, tomo XII, Buenos Aires, 1919.
- FEBRE, LUCIANO, *La tierra y la evolución humana*, traducción de Luis Pericot García, Biblioteca de síntesis histórica, La evolución de la humanidad, Barcelona, 1925.
- FERRER DEL RÍO, ANTONIO, *Historia del reinado de Carlos III en España*, Madrid, 1856.
- FUNES, GREGORIO, *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*, Buenos Aires, 1856, 2ª edición.
- GARCÍA DE LOYDI, LUDOVICO, *El virrey marqués de Sobre Monte*, Buenos Aires, 1930.
- GARGARO, ALFREDO, *Santiago del Estero (1810-1862)*, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, t. IX, Buenos Aires, 1946.
- GILESPIE, ALEJANDRO, *Buenos Aires y el interior*, trad. de Carlos A. Aldau, edición de La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1921.
- GODOY, MANUEL, *Memorias de don Manuel Godoy, príncipe de la Paz o sea cuenta dada de su vida política; para servir a la historia*

- del reinado del señor don Carlos IV de Borbón*, única edición publicada por el mismo príncipe, París, 1839.
- GROSSAC, PAUL, *Mendoza y Garay*, Buenos Aires, 1916.
- — *Santiago Liniers*, Buenos Aires, 1907.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*, París, 1827.
- — *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, trad. de D. J. B. de V. Y. M., París, 1836.
- JACKSON, W. M., *Geografía Universal*.
- JOVELLANOS, GASPAR DE, *Informe sobre la marina*, en "Biblioteca de Autores Españoles", t. 50, Madrid, 1926.
- — *Informe sobre la ley agraria*, en "Obras escogidas de Jovellanos, Garnier Hnos., París.
- — *Dictamen dado en la Junta de Comercio y Moneda sobre embarque de paños extranjeros para nuestra colonia*, en "Biblioteca de Autores Españoles", t. 50, Madrid, 1926.
- KLEIN, JULIO, *La mesta*, trad. españolas de la "Revista de Occidente", Madrid, 1930.
- KREBS, NORBERTO, *Geografía Humana*, Editorial Labor, trad. del alemán por Gonzalo de Reparaz' (h.), Barcelona, 1931.
- La Biblioteca*, Buenos Aires, 1896-1898.
- LAFUENTE, MODESTO, *Historia general de España*, Buenos Aires, 1888-1889.
- LAVISSE, ERNEST et RAMBAUD, ALFRED, *Histoire générale du IV^e. siècle à nos jours*, t. VI, París, 1895.
- LEVASSEUR, E., *La population française*, París, 1889-1892.
- — *Les populations urbaines en France comparées à celles de l'étranger*, París, 1887.
- LEVENE, RICARDO, *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato del Plata*, La Plata, 1927.
- — *La revolución de Mayo y Mariano Moreno*, 2ª edición, Buenos Aires, 1925.
- — *Las ideas históricas de Mitre*, Buenos Aires, 1948.
- — *Nuevas comprobaciones sobre la apocricidad del "plan" atribuido a Mariano Moreno*, Buenos Aires, 1948.
- LEVILLIER, ROBERTO, *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*. Lima, 1926, Varsovia, 1930, 1931.
- — *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles, siglo XVI*, Madrid, 1924.
- LIST, FEDERICO, *Economía Nacional*, traducción de Manuel Sánchez Sar- to, México, 1942.
- LIZONDO BORDA, MANUEL, *Tucumán (1810-1862)*, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1946, t. IX.
- LÓPEZ DE VELASCO, JUAN, *Geografía y descripción universal de las Indias*, Madrid, 1894.
- LÓPEZ, VICENTE FIDEL, *Debate histórico*, en "Biblioteca Argentina", dirección Ricardo Rojas, Buenos Aires, 1916.
- MACAULAY, *Vidas de políticos ingleses*, trad. de M. Juderías Béndez, Madrid, 1885.
- MADOL, HANS ROGER, *Godoy*, "Revista de Occidente", Madrid, 1943.
- MADDOZ, PASCUAL, *Diccionario geográfico estadístico de España*, Madrid, 1848.
- MARTÍNEZ, ALBERTO B., *Historia demográfica de Buenos Aires*, colabo-

- ración publicada en "Censo General de la Ciudad de Buenos Aires", t. III, Buenos Aires, 1910.
- MARTÍNEZ Y VELA, BARTOLOMÉ, *Anales de la villa Imperial del Potosí*, en VICENTE DE VALLIVIAN Y ROXAS, *Archivo boliviano. Colección de documentos relativos a la historia de Bolivia durante la época colonial*, París, 1872.
- — *Del estado político y civil de la villa de Potosí durante el gobierno de los corregidores*, en "Revista de Buenos Aires" (reimpresión), t. I.
- MENDIBURU, MANUEL DE, *Diccionario histórico biográfico del Perú*, Lima, 1933.
- MENÉNDEZ PIDAL, GONZALO, *Atlas Histórico Español*, Barcelona, 1941.
- MINISTERIO DE FOMENTO DEL PERÚ, *Relaciones geográficas de Indias*, Madrid, 1881.
- MIÑANO, SEBASTIÁN DE, *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, Madrid, 1826-1829.
- MITRE, BARTOLOMÉ, *Comprobaciones históricas*, en "Biblioteca Argentina", director Ricardo Rojas, Buenos Aires, 1916.
- — *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1876 (3ª edición).
- MOLINARI, DIEGO LUIS, *La representación de los hacendados*, en "Anales de la Facultad de Derecho", t. IV, 2ª serie.
- — *Un virrey*, Buenos Aires, 1923.
- MORALES, CARLOS MARÍA, *Estudio topográfico y edilicio de la ciudad de Buenos Aires*, colaboración en "Censo General de la Ciudad de Buenos Aires", 1910, t. III, Buenos Aires, 1910.
- MORENO, MANUEL, *Vida y Memorias del Dr. Dn. Mariano Moreno*, en MUSEO HISTÓRICO NACIONAL, *Memorias y Autobiografías*, t. II, Buenos Aires, 1910.
- MORENO, MARIANO, *Escritos políticos y económicos*, ordenados y con un prólogo por Norberto Piñero, ed. de la Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915.
- MOREAU DE JONNES, *Estadística de España*, trad. de Pascual Madoz e Ibáñez, Barcelona, 1835.
- MOSCOSO, ANGEL MARIANO, *Informe del Obispo Moscoso al Rey sobre su obispado*, en "Revista de Buenos Aires" (reimpresión), t. 25, ps. 26 y ss.
- MOUSSY, MARTÍN DE, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, París, 1860.
- NEURATH OTTO y SIEVEKING HEINRICH: *Historia de la economía*, trad. de Manuel Sánchez Sarte, Barcelona, 1926.
- NUOVA RECOPIACIÓN (Leyes de Recopilación, Madrid, 1745).
- PARISH ROBERTSON, JUAN y GUILLERMO, *La Argentina en la época de la revolución*, trad. de Carlos A. Aldao, Buenos Aires, 1918.
- PAZ, JOSÉ MARÍA, *Memorias póstumas*, ed. especial de la Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1924.
- PEREYRA, CARLOS, *Cartas confidenciales de la reina María Luisa y de don Manuel Godoy, con otras tomadas del archivo reservado de Fernando VII, del Histórico Nacional y del de Indias*, M. Aguilar editor, Madrid.
- PEREYRA, CARLOS, *Historia de la América Española*, Madrid, 1925.
- PRENNE, HENRI, *Historia económica y social de la Edad Media*, versión española de Salvador Echavarría, México, 1941.
- POSADA, ADOLFO, *El régimen municipal de la ciudad moderna*, 3ª edición, Madrid, 1927.

- PROTHERO, G. W. y LLOYD, E. M., *La primera guerra civil (1642-7)*, en UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE, *Historia del Mundo en la Edad Moderna*, edición española dirigida por Eduardo Ibarra y Rodríguez, t. VII, Buenos Aires, 1913.
- QUESADA, VICENTE G., *Crónicas Potosinas*, París, 1890.
- — *Noticias y documentos históricos sobre la provincia de Catamarca en "Revista de Buenos Aires"* (reimpresión), t. I, Buenos Aires.
- RAFFO DE LA RETA, JULIO C., *Mendoza (1810-1820)*, en "Academia Nacional de la Historia", *Historia de la Nación Argentina*, t. X, Buenos Aires, 1947.
- RANKE, LEOPOLDO, *L'Espagne sous Charles-Quint, Philippe II et Philippe III, ou les osmanlis et la monarchie espagnole pendant les XVI et XVII siècles*, París, Sagnier et Bray, libraires éditeurs, 1845.
- RANKE, LEOPOLDO VON, *Pueblos y Estado en la historia moderna (selección de textos)*, "Fondo de cultura económica", trad. del alemán por W. Rocas, México, 1948.
- — *Historia de los Papas*, Fondo de cultura económica, trad. del alemán por Eugenio Imaz, México, 1943.
- RAVIGNANI, EMILIO, *Crecimiento de la población de Buenos Aires y su campaña (1726-1810)* en el tomo I de las Anales de la Facultad de Ciencias Económicas.
- RECOPILACIÓN DE LEYES DE INDIAS.
- REPÚBLICA ARGENTINA, *Primer censo de la República Argentina verificado en los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1869*, bajo la dirección de Diego y. de la Fuente, Buenos Aires, 1872.
- — *Segundo Censo de la República Argentina*, mayo 10 de 1895, Buenos Aires, 1898.
- REVISTA DE BUENOS AIRES, *Diario de un emigrado de la ciudad de la Paz testigo ocular de los acontecimientos de julio de 1809*, (reimpresión), t. XXII, Buenos Aires.
- RUZO, B., *Descripción física y política de Catamarca*, en "Revista de Paraná.
- SAAVEDRA, CORNELIO, *Memoria autógrafa publicada por el "Museo Histórico Nacional"*, en *Memorias y Autobiografías*, t. I, Buenos Aires 1910.
- SAGUI, FRANCISCO, *Los últimos cuatro años de la dominación española en el antiguo virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1874.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO, *Facundo*, reedición de La Cultura Popular, Buenos Aires, 1933.
- SMITH, ADAM, *Richese des nations*, París, Guillaumin y Cia., 1881.
- SOBRE MONTE, RAFAEL DE, *Oficio del Gobernador-intendente de Córdoba, Marqués de Sobre Monte, al virrey Marqués de Loreto*, de fecha 6 de noviembre de 1785, en José Torre Revello: *El marqués de Sobre Monte*, Buenos Aires, 1946.
- SOMBAERT, WERNER, *El apogeo del capitalismo*, trad. española de José Urbano Guerrero, México, 1946.
- SOMBAERT, WERNER, *Lujo y Capitalismo*, trad. española de Luis Isabal, Madrid, 1928.
- TORRES LANZAS, PEDRO, *Independencia de América*, Madrid, 1912.
- TORRE REVELLO, JOSÉ, *Sociedad colonial. Las clases sociales. La ciudad*

- y la campaña, en Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, vol. IV, primera parte, 1940.
- — *Un resumen aproximado de los habitantes del virreinato del Perú en la segunda mitad del siglo XVI*, en "Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, t. VIII.
- — *El marqués de Sobre Monte*, Buenos Aires, 1946.
- TOUT, T. F., *Alemania y el Imperio* en Universidad de Cambridge: *Historia del mundo en la edad moderna*, edición española dirigida por Eduardo Ibarra y Rodríguez, t. I. Buenos Aires, 1913.
- TRELLES, MANUEL RICARDO, *Registro Estadístico (1854-1888)*, Buenos Aires.
- — *Índice del Archivo de Gobierno de Buenos Aires, correspondiente al año 1810*, Buenos Aires, 1860.
- VIDAL DE LA BLACHE, P., *Principes de Géographie Humaine*, Paris, 1922.
- WEBER ADNA FERRIN, *The growth of cities in the nineteenth century*, Columbia University, 1899.
- WARD, A. W., *Los países bajos* en "Universidad de Cambridge", *Historia del mundo en la edad moderna*, edición española dirigida por Eduardo Ibarra y Rodríguez, Buenos Aires, 1913, t. 2.
- WHITAKER, ARTURO P., *El Pseudo-Memorial de Aranda de 1783*, publicado en "II^o Congreso Internacional de Historia de América", t. II, Buenos Aires, 1938.
- WYNDHAM, LEWIS D. B., *Carlos de Europa, emperador de occidente*, Espasa Calpe Argentina, trad. de C. Muños, Buenos Aires, 1938.
- ZABALA Y LERA, PIO, *España bajo los Borbones*, Barcelona, 1930.
- ZINNY, ANTONIO, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1920.